

"PENSAMIENTO"

LIBRO de LECTURA por
HECTOR PEDRO BLOMBERG



Precio \$ 1.00



ANGEL ESTRADA y CIA Editores - Bolivar 406 Buenos Aires

© 4
75



00025709

3145

5607

1021

Aprobado por el Consejo Nacional de Educación
Expediente 5316 - E - 1925 Edición año 1935

Depos. del
Nº 31319

Pensamiento

LIBRO DE LECTURA

O.R.
C.N de E
Exp 2410-B / 935

POR

HECTOR PEDRO BLOMBERG

VIGÉSIMA EDICIÓN



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

"ANGEL ESTRADA y Cía."

TOMÁS E. de ESTRADA

466, Bolívar, 466 — Buenos Aires

**Régimen Legal de la Propiedad
Intelectual. Ley 11.723.**

DEL MISMO AUTOR:



EL SEMBRADOR. Libro de lectura para 4.º grado, aprobado por el Consejo Nacional de Educación.

EL SURCO. Libro de lectura.

PRÓLOGO

Al presentar a los señores maestros de las escuelas argentinas este libro de lectura, cumplo con el grato deber de exponer en estas palabras previas el plan que me propuse seguir al escribirlo.

Para ello estudié con el detenimiento necesario las prácticas pedagógicas actuales, luego de haber observado las aptitudes intelectuales de los niños, la edad corriente del grado a que está destinado el libro, sus conocimientos anteriores y su capacidad de discernimiento y asimilación. Desde luego, he tenido en cuenta los programas oficiales.

En cada uno de los temas, que he seleccionado cuidadosamente, he tratado de expresar, mediante un procedimiento literario de síntesis, y con la mayor claridad posible un conocimiento, un concepto, una noción que contribuyan a la cultura moral del niño y a su aptitud estética.

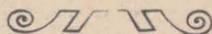
El breve relato novelesco, la poesía descriptiva, abundan en este pequeño volumen con el cual tengo el altísimo honor de contribuir a la

enseñanza primaria. Junto con la exposición de los conocimientos y las ideas dentro del plan al que he tratado de someterme, he creído indispensable exaltar ante la conciencia infantil el sentimiento de las virtudes y la emoción del trabajo, el amor a la Naturaleza; dar al niño una idea de la patria civil, social, industrial y geográfica, y despertar en su espíritu una sensación de belleza.

Del lenguaje que he creído conveniente emplear, los señores maestros juzgarán: he hecho sólo uso de los vocablos más sencillos, siguiendo en su redacción un estilo que se ajuste a la claridad y a la síntesis, desde el principio hasta el fin del volumen.

Héctor Pedro Blomberg.

Marzo de 1925.

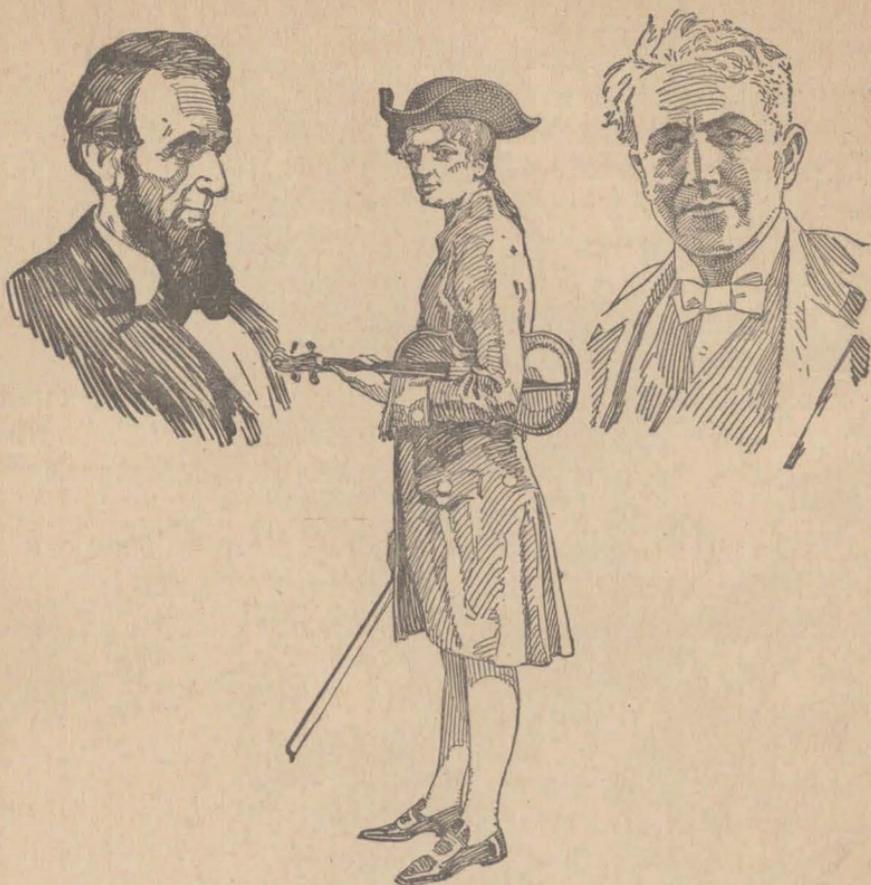


PENSAMIENTO



LIBRO DE LECTURA





Los niños.

M

IRANDO jugar a los niños en una calle, decía un observador: He aquí un almácigo de donde saldrá más de un héroe, de un sabio y de un artista. ¿En cuál de estas cabezas brotará el genio? ¿Sobre cuál descenderá la inspiración? ¿Cuál de estos chicos será un Lincoln, un Edison o un Beethoven?

La santa democracia de la infancia no reconoce jerarquías; todos los niños son ricos de esperanzas y de promesas. Hoy son pequeños y débiles, pero mañana serán los fuertes; todos deben de ser iguales ante nuestra ternura y nuestro respeto.

Era un gran rey aquel que decretó que todos los niños de la cuna fueran declarados protegidos del soberano.

No digamos nunca « los niños pobres ». No clasifiquemos demasiado pronto a los pequeños cuyo destino ignoramos.

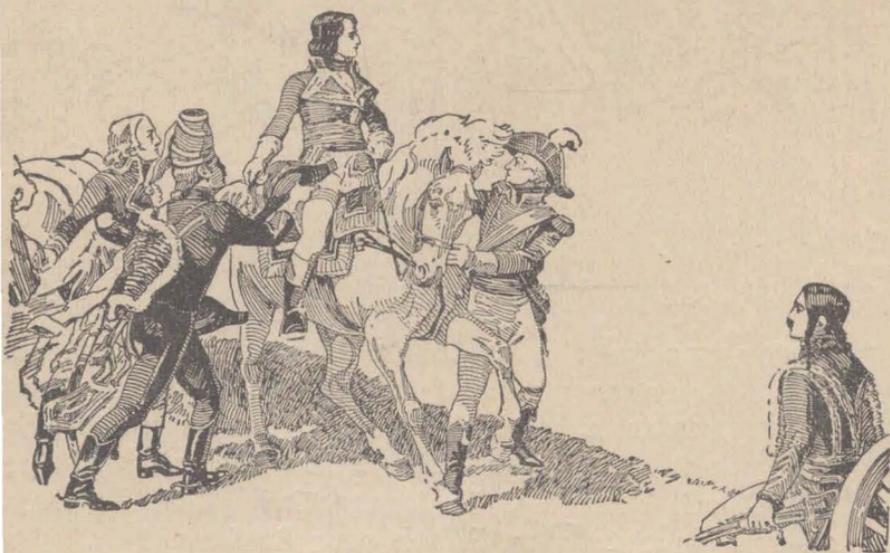
El porvenir guarda muchas sorpresas.

La historia enseña lecciones terribles.

El hijo de Luis XVI pagaba con crueles humillaciones la soberbia de su regia familia, mientras un niño humilde, nacido en Córcega, crecía y llegaba a ser el dueño de Europa: Napoleón.

No humillemos nunca a los niños, porque la humillación engendra odio en los fuertes, vileza en los débiles.

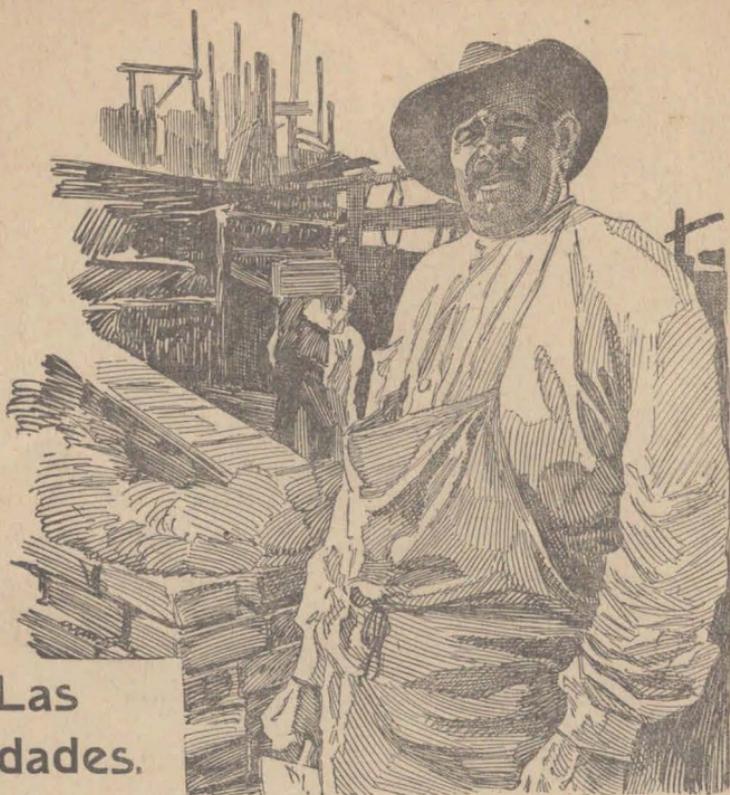
Respetémoslos y amémoslos.





Los sabios.

Los sabios son los héroes de la Humanidad. Esos hombres que dedicaron toda su vida al estudio, esos grandes hombres que sacrificaron su juventud, *que despreciaron el oro y las riquezas para descubrir e inventar los medios de curar las enfermedades, de hacer que la vida fuera más buena y más sana;* esos hombres merecen el amor y la veneración del mundo. Son más grandes que todos los héroes de las batallas. Porque ganaron la gran batalla, sin sangre, de la Verdad.



Las ciudades.

LAS ciudades nacieron por el trabajo y el amor de los hombres. De pueblitos que eran, el esfuerzo continuo los fué transformando. Hombres y sus familias empezaron a llegar, a levantar casas y más casas. De cada casa, con el rodar del tiempo, salieron familias enteras. Los edificios empezaron a hacerse cada vez más grandes, las calles más anchas. Llegaron máquinas, materiales. ¡Cómo trabajaban los hombres!

Hasta que los pueblos de otros tiempos fueron ciudades ricas, y populosas como inmensas colmenas.

Así nacieron las ciudades, que son los cerebros de la patria.



Evocación del campo.

POR JUAN CARLOS DÁVALOS.

¡Olor de pastos maduros!
¡Olor de Abril por los cerros!

¡Qué multitud de recuerdos
En este olor me ha venido,
De otros días más risueños!
¡Nuestra casa de la falda,
El valle a sus pies abierto,
La inmensidad de los campos
Bajo los diáfanos cielos!

¡Y aquel azul de aguas hondas
Conquè se esfuman los cerros!

¡Y los pilpintos que al sol
Revolotean ligeros

Como papelillos blancos
Que va llevándose el viento!

¡Y la quietud de esas tardes
Cuyo inefable sosiego,
En los seres y en las cosas
Pone su místico sello!

¡En la charca del camino
Que copia lo hondo del cielo;
En el agua del arroyo
Que da un grave cuchicheo;
En la humilde florecilla
Que de frío está muriendo;
En los ojos de las vacas
Pensativos y serenos,
Y en el mugido lejano
Que cruza el prado desierto!





Los libros.

CADA vez que abráis un libro, pensad que representa el trabajo laborioso de un hombre.

Ese hombre, para escribirlo, tuvo que estudiar años y años. Tuvo que estudiar en otros libros, y también en la vida.

¡Y cuán hermosa tarea la del hombre que escribe libros para enseñar al que no sabe, para demostrar que sólo la virtud, la verdad, la bondad, la justicia y el trabajo triunfan en la vida!

Para enseñar los secretos de la Naturaleza, marcar el camino del deber y hacer la luz en las inteligencias.

Respetad los libros, porque son sagrados, por humildes que sean.



La loca de la guardia.

Q

UIÉN era aquella mujer misteriosa que aparecía y desaparecía en los valles, en las laderas de las montañas? Sus cabellos sueltos flotaban al viento; bandadas de palomas la seguían. No parecía de carne y hueso. Los soldados del ejército libertador la veían a la luz de la luna; la veían muchas veces al amanecer.

La llamaban « la loca de la guardia ».

San Martín mismo la vió más de una vez, a lo lejos. Ella parecía enseñar el camino entre las montañas a los hombres que iban a libertar un mundo.

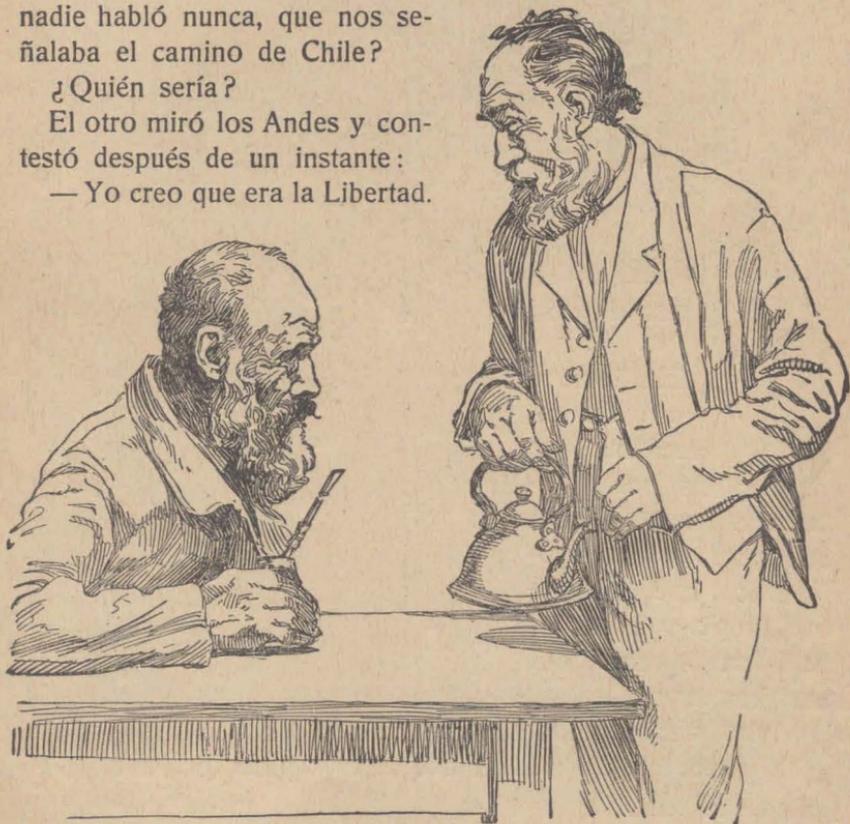
Muchos años después de Chacabuco y Maipo, cuando ya las patrias americanas eran libres, dos viejos soldados, entre mate y mate, se acordaban de las batallas, de las marchas y de las glorias. Uno de ellos de pronto preguntó:

— ¿Te acuerdas de aquella mujer misteriosa, con la cual nadie habló nunca, que nos señalaba el camino de Chile?

¿Quién sería?

El otro miró los Andes y contestó después de un instante:

— Yo creo que era la Libertad.



La alegría de la salud.



LA salud es el mayor de los bienes.

El niño que come comidas sanas y sencillas, que duerme las horas necesarias, que ejercita su cuerpo y su inteligencia, que siempre está limpio y contento, será un hombre útil para los suyos.

Vivirá muchos años sin cansancio ni tristeza.

No existe alegría más grande ni más pura que la alegría de la salud.



Las estrellas.

PARECEN ojos de luz
que miraran al
mundo desde las
sombras de la
noche.

¡Cuán lejos están!

Millones y millones de
lenguas las separa del mun-
do en que vivimos.

Son mundos inmensos, y
sin embargo, ¡qué pequeños
parecen!

Hay estrellas que a ve-
ces desaparecen, pero las
demás continúan brillando
luminosas y lejanas, velan-
do en la noche el destino
y la vida de los hombres.



La lámpara de Aladino.

EN uno de los cuentos de las Mil y una noches aparece Aladino. Un genio bueno y amigo le regaló a Aladino una lámpara milagrosa. Todo lo que Aladino tocaba con esta lámpara se convertía en oro: el barro,

las piedras, la arena.

Los hombres y también los niños, son como Aladino, el de las Mil y una noches.

Todos tenemos una lámpara milagrosa.

Esta lámpara es la bondad.

Todo lo que se toca con la lámpara de la bondad se convierte en amor y justicia, que valen mucho más que el oro.

Así cada uno de nosotros puede ser un Aladino.

Lleva su lámpara milagrosa en el corazón.

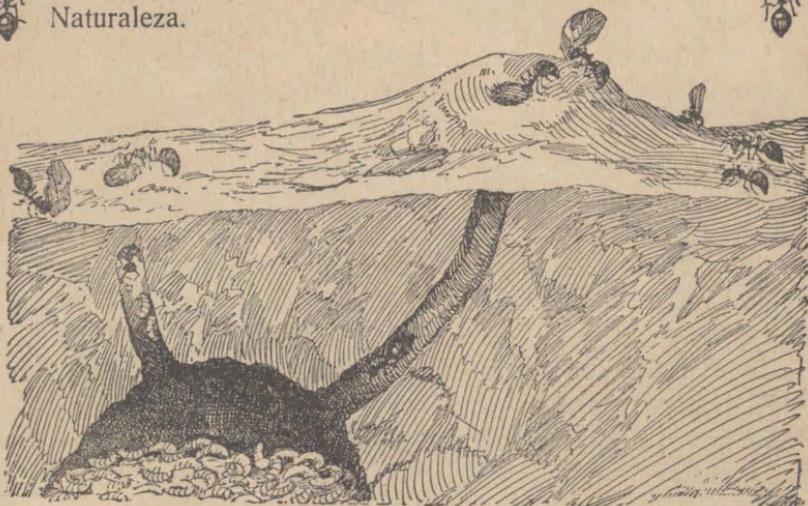
¡Ay del que en la vida deja apagar su lámpara!



Las hormigas.

LAS hormigas son unos insectos muy pequeños que viven en repúblicas. Los sabios han observado que, aun siendo tan pequeñas, las hormigas tienen sentimientos. Trabajan sin cesar. ¿Quién no ha visto muchas veces las hileras de hormiguitas acarreado cargas que para ellas son pesadísimas?

En ciertos casos se ayudan unas a otras para trabajar, construir sus pequeñas ciudades, o para defenderse de los insectos enemigos. Son también maravillosos ingenieros, y sus construcciones, sus viviendas, sus galerías, sus cámaras revelan una inteligencia singular. Las hormigas, aunque son dañinas para los jardines y las huertas, constituyen un ejemplo del trabajo en la Naturaleza.





La canción del arado.



Los hombres me hicieron con hierro que otros hombres sacaron de la mina.

Yo abrí la tierra bajo la gloria del Sol.

En los surcos que abrí, cayeron las semillas que arrojó el sembrador.

Sobre estos surcos sagrados cantaron los pájaros, y el viento entonó las canciones del campo.

Brillante como una espada, yo contribuí a la grandeza de la Patria.

El sudor de los hombres humedeció mi reja.

Mi hierro reflejó las estrellas en las noches de luna.

Mi hierro bruñido murmuró en los surcos la santa canción del trabajo.

Yo soy el arado inmortal.



El canillita.

Es el gorrión laborioso de las calles. Con sus diarios bajo el brazo, va y viene, inquieto y ansioso. Cada diario o revista que vende, subiendo y

bajando de los tranvías, es un pedazo de pan para su mamá, o para sus hermanitos, en el hogar pobre. Bravo canillita... Él sabe — o sospecha — que su misión no es tan humilde como muchos creen. Lleva bajo el brazo las voces del mundo, los ecos de la vida humana en todos los países.

Las madrugadas del invierno lo encuentran en su puesto; los soles del verano lo ven corriendo por las calles, con los pregones de su voz aguda y valerosa.

Es el pequeño héroe obscuro de la ciudad, el gorrión humano que trabaja como los hombres.

Porque, siendo un niño, cumple su duro deber como un hombre.

Florcita de aire.

POR MIGUEL A. CAMINOS.

Florcita de mi cielo
Suave y humilde,
Florcita de aire,
Que en una tierna carta
Esta mañana
Me envió mi madre.

Crecida en la rugosa
Vieja corteza
De una araucaria,
Sólo pidió a las nubes
Para su cáliz
Un poco de agua.

Ella, cual los poetas
—Otras humildes
Flores del aire—
Vivió pidiendo al cielo
Lo que la tierra
No pudo darle.

¿Cómo no he de quererte,
Pálida y tierna
Florcita amable,
Si eres para los tristes
Una caricia,
Florcita de aire?

Florcita de mi cielo,
Suave y humilde,
Florcita de aire,
¡Contigo vino el beso
Que esta mañana
Me envió mi madre!...





Un héroe.

ESTE héroe de quien vamos a hablar, nunca estuvo en ninguna batalla. Jamás llevó una espada. Cuando niño estudió mucho en las escuelas de su país, que era Francia. Hablaba poco. Pero estudiaba mucho.

A fuerza de estudios se recibió de químico, muy joven.

Cerró los libros donde aprendió mucho y estudió en los enfermos.

Y poco a poco descubrió el secreto de las enfermedades, de muchas enfermedades que mataban al hombre y que podían curarse. Él, que se llamaba Luis Pasteur, encontró el modo de curarlas, después de una vida de estudio y de sacrificios.

¡Cuántos millones de vidas humanas ha salvado, y seguirá salvando Luis Pasteur, el pobre estudiante francés que hoy es uno de los héroes más grandes de la Humanidad!



Los humildes.

Los hombres más grandes de la Humanidad empezaron siendo niños pobres y humildes. Napoleón, el conquistador de Europa, fué un pobre niño de Córcega. Abraham Lincoln el fundador de la República y uno de los padres de la democracia norteamericana, nació en una choza, en los bosques. San Martín nació en una aldea perdida entre los bosques del trópico.

La casa donde nació Sarmiento, la construyó la madre del héroe con sus propias manos.

¡Cuán grandes fueron estos humildes!



El niño descalzo.

UN niño rubio, de ojos azules, andaba descalzo por los muelles de un gran río de Norte América que se llamaba el Delaware. El pobre niño, cuyo padre acababa de morir, dejándolo solo en el mundo, tenía hambre. Miraba los buques, y al acordarse del país lejano donde había nacido, lloraba.

Largos años después, el niño descalzo era uno de los más grandes capitanes del mar y de la libertad.

Mandó muchos buques. Buques que tenían una bandera azul y blanca. Tomó parte en terribles combates, siempre victorioso.

¡Cuán grande fué su gloria!

Hoy tiene estatuas. Ciudades, calles, buques llevan su nombre inmortal.

El niño descalzo, fué el almirante Brown.

Las viejecitas.

UNA viejecita de cabellos blancos, vestida de negro, caminaba por las calles, un poco asustada del movimiento de tranvías y automóviles. Se paró en una esquina, temblorosa, sin atreverse a cruzar la calle.

De pronto vió que un hombre alto, de cara enérgica, se le acercaba y le preguntaba dónde iba.

— A mi casa, señor — dijo la viejecita.

— ¿Dónde vive, señora?, interrogó el hombre; y la viejecita le dió las señas.

El hombre subió con ella a un tranvía y la dejó en la puerta de su casa.

— ¿Quién es usted, señor? — preguntó la viejecita.

El hombre se sacó el sombrero y le contestó:

— Un hombre, que nunca tuvo madre, señora, y que ve una madre en todas las viejecitas de cabellos blancos...



La alfombra milagrosa.



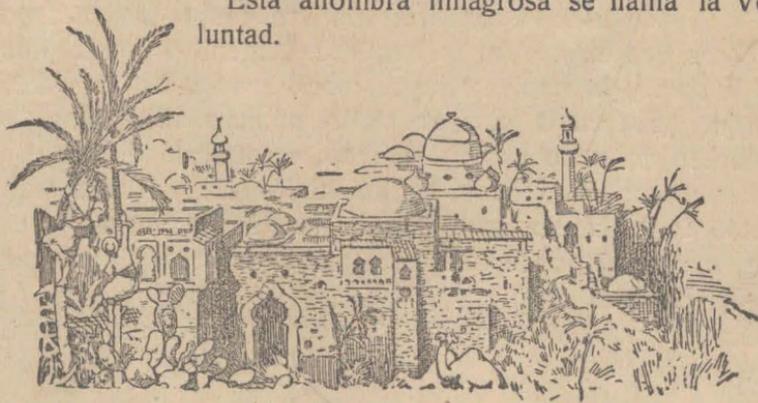
ESTE es otro cuento de las Mil y una noches. Un genio le regaló a un hombre una alfombra milagrosa. Sentado en esta alfombra, el hombre pronunciaba unas palabras mágicas y en seguida se remontaba en el espacio, cruzaba por encima de las montañas y los mares, y se trasladaba donde quería ir.

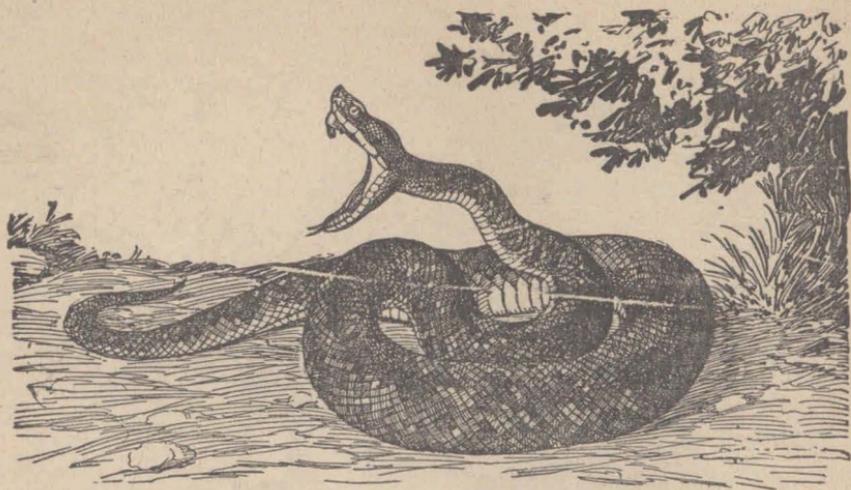


Todos nosotros también poseemos una alfombra milagrosa.

Ella nos llevará sobre los mares y las montañas, venciendo las dificultades y las desgracias.

Esta alfombra milagrosa se llama la Voluntad.





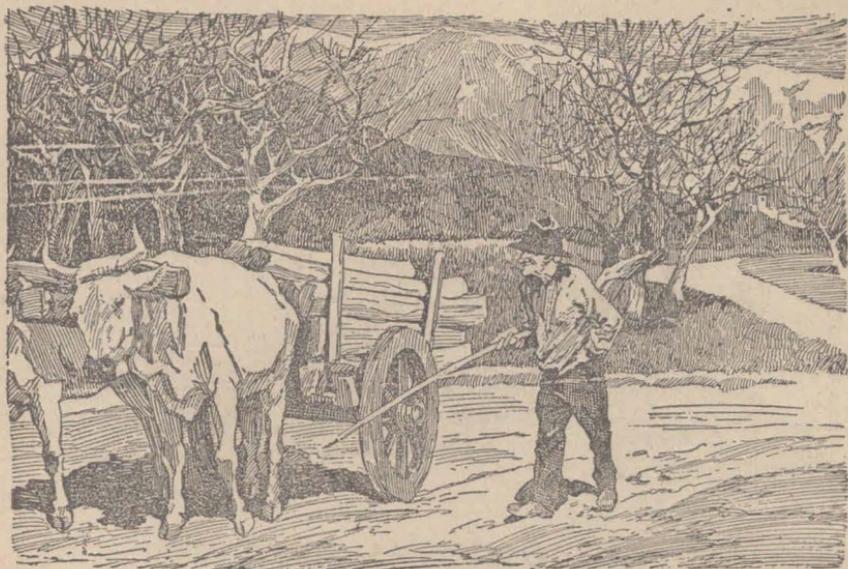
El veneno de las serpientes:



Los efectos de las picaduras de las serpientes siempre han preocupado a los hombres, pues en muchos casos son mortales. Miles de personas mueren todos los años, víctimas de estos reptiles. Pero no todas las serpientes son venenosas. Las más ponzoñosas que existen en la República Argentina son la víbora de la cruz y la serpiente de cascabel, llamada así esta última porque lleva en la cola un cierto número de escamas que producen un ruido especial cuando la serpiente se mueve.

Para sacarle el veneno, en los laboratorios se toma la serpiente de la cabeza para impedir que se dé vuelta, y se le presenta un vidrio de reloj para que lo muerda y derrame en él su ponzoña.

Las víboras venenosas abundan en las provincias y territorios del Norte.



El otoño.

LAS hojas han caído de los árboles. Mi lluvia humedece los campos resecos. Los cielos, que eran tan azules y tan claros en el verano, se han vuelto grises. Los hombres han vuelto al trabajo, en las ciudades y en los campos, y los niños han vuelto a la escuela.

¡A trabajar!

Yo señalo las horas laboriosas y fecundas, después del reposo del estío.

Los pájaros no cantan como los meses pasados.

Pero bajo mi lluvia la tierra maternal y milagrosa canta otra canción.

La canción de la vida que empieza de nuevo, bajo mi cielo gris. Yo soy el Otoño.



El cartero.



LLA va. Modesto e incansable, anda y anda, de calle en calle, de barrio en barrio, agobiado bajo el peso de centenares de cartas.

Él no piensa que cada carta que recoge y entrega es una voz humana, es un mensaje que las personas esperan con

alegría o con tristeza.

✕ Él no adivina lo que lleva.

Pero sabe que las cartas que se le confían son sagradas. Sabe que una carta que no llega a su destino puede ser causa de un dolor o de una desgracia.

Y anda, anda, diligente, infatigable, con lluvia o sol, con calor o con frío, golpeando de puerta en puerta, dejando los mensajes de la esperanza en cada umbral.



La canción del árbol.

Yo nací en el campo. Mis ramas se cubren de hojas nuevas todos los años. Mi follaje da sombra a los hombres, cuando se detienen fatigados, después del trabajo de cada día. La lluvia y el sol me dieron la vida. Con mi tronco y mis ramas, los hombres construyeron carretas, casas y buques.

En invierno les doy calor con mi leña.

En mis ramas hacen su hogar los pájaros.

Y entre mis hojas el viento entona canciones de paz, de trabajo y de libertad.



Palabras del camino.

— POR CONSTANCIO C. VIGIL.

Quien considera que los extranjeros no son extranjeros en su patria, engrandece su nación hasta igualarla al mundo.

*
**

Delante de una mujer, nunca olvides a tu madre.

*
**

Hay una avaricia honrosa, y es la de las palabras.



Las otras patrias.

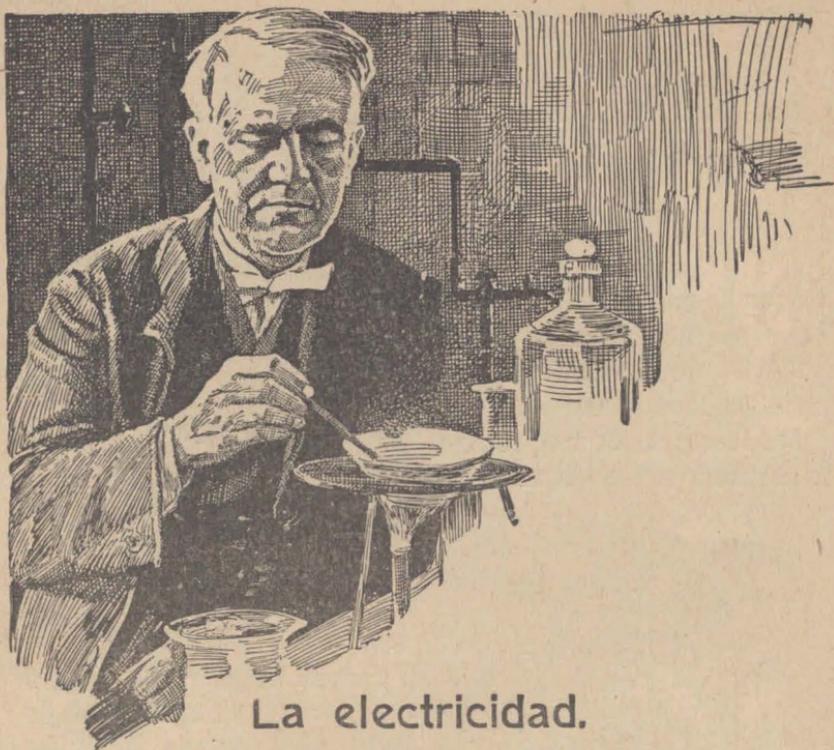
EN la República Argentina hay millares de hombres que nacieron en otras patrias que están muy lejos. Estos hombres vinieron a nuestra República para fundar la patria grande del porvenir. Vinieron muy pobres de dinero, pero ricos en esperanza. Trabajaron mucho. Aunque eran extranjeros de nombre, se hicieron argentinos. Tuvieron hijos. Hijos que respetaban las otras patrias, las de sus padres, Italia, España, Inglaterra, Alemania, pero que sabían que no había más que una gran patria: aquella a la cual sus padres vinieron a trabajar, a vivir, a formar sus hogares. Por eso los hijos de esta gran patria que se llama la República Argentina no deben olvidar las otras patrias: las de sus padres.

Las abejas.

LAS abejas son una de las maravillas de la Naturaleza. Viven en colmenas. Cada colmena es un reino. Este reino tiene una reina, que es la madre de las abejas. Además, tiene princesas, que son las reinas futuras. Tiene también obreras, que trabajan haciendo miel, limpiando las pequeñas calles y casas de la colmena, cuidando a las abejitas pequeñas, defendiendo el pequeño reino contra los insectos enemigos.

Se ha observado que son más activas en la primavera. Durante el resto del año, especialmente en el invierno, permanecen ociosas. Las abejas tienen leyes, virtudes, defectos, y son también, como otros insectos que hemos estudiado en este libro, otro magnífico ejemplo del trabajo en la Naturaleza.





La electricidad.

LA electricidad es la maravilla de la civilización. Fué un hombre extraordinario, un sabio inmortal, quien sorprendió los secretos de esa fuerza potente y misteriosa, y logró conquistarla para uso de los hombres. Ese hombre se llama Edison. Supo apoderarse de la electricidad, y convertirla en un instrumento para las necesidades humanas, para llevar la luz, la salud, el bienestar, el progreso, a los hogares de todos los hombres.

Porque la electricidad alumbrá, alimenta, cura enfermedades, abrevia las distancias, mueve las máquinas del trabajo y del progreso universal.

La cuna y el sepulcro.

NACIÓ el general Belgrano en una vieja casa de la calle que hoy lleva su nombre, donde hoy se lee el número 420.

Sus cenizas, como todos saben, reposan en el atrio de



Santo Domingo, a pocos pasos de la casa nativa.

¡Cuán cerca la cuna del sepulcro!

Sin embargo, ¡cuán larga y dolorosa la peregrinación de lucha y de gloria que empezó en los umbrales de la modesta casa colonial y terminó en la gloria del mausoleo!

Allí, en el atrio histórico de las invasiones inglesas, duerme su largo sueño el vencedor del Norte. Allí llevaron sus cenizas, regadas con las lágrimas de un pueblo, a pocos pasos de su cuna.



La palabra sencilla.

LA palabra es la primera forma visible que adopta el espíritu.

Para tal pensamiento, tal palabra.

Para reformar nuestra vida en el sentido de la sencillez hay que cuidar de nuestra palabra y de nuestra pluma.

Sea la palabra sencilla como el pensamiento, sea sincera y segura.

En otro tiempo los hombres tenían para comunicarse medios bastante reducidos.

Con la invención de la imprenta se adelantó mucho en este sentido.

La palabra debe servir al hecho.

Las cosas más grandes son las que más ganan al ser dichas con sencillez.

Nada hay tan enérgico como la sencillez.

¡Piensa con justeza, habla francamente!





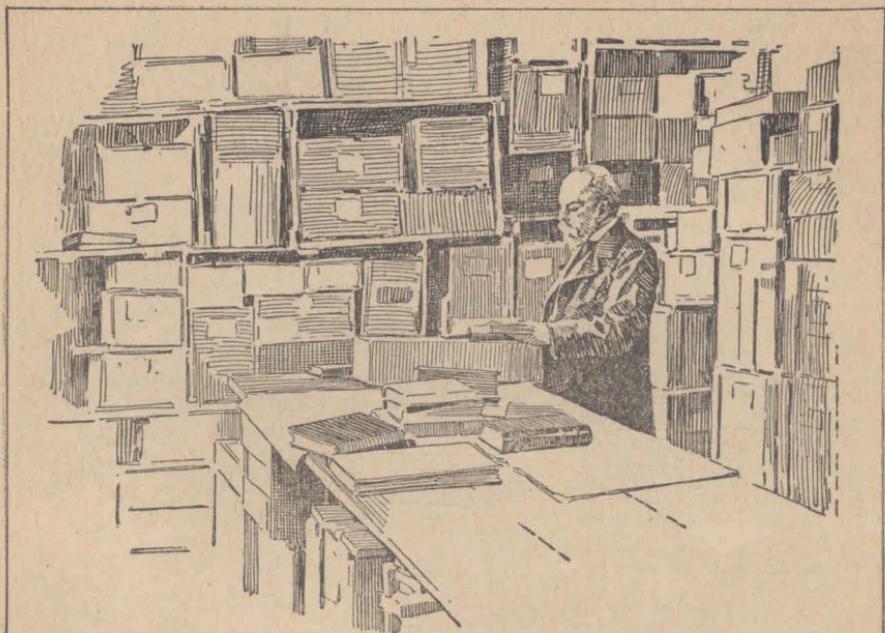
Los murciélagos.

(ADAPTACIÓN DE FABRE).

EL murciélago, llamado también el ratón-volador, es un cazador, un comedor incansable de víctimas vivas. Se alimenta solamente de insectos. Todos son buenos para él, escarabajos, mosquitos, mariposas, los insectos que son destructores de los cereales, de las plantas y de las telas de lana.

¿Quién sabría decir la cantidad de insectos dañinos que los murciélagos, esos ratones con alas membranosas que andan de noche, destruyen cuanto anda alrededor de una casa?

La cabeza del murciélago es apenas mayor que una avellana grande, pero su boca está hendida de una oreja a otra, y cuando la abre por completo, puede tragar bocados que no permitirían sospechar la pequeña dimensión del animalito.



El viejecito de la librería.

HACÍ muchos años que el viejecito tenía esa pequeña librería. Era una librería modesta, donde el viejecito vendía cuadernos para los niños de la escuela cercana, y plumas y lápices. Cuando no estaba vendiendo, el viejecito leía muchos libros.

También ordenaba huesos, unos huesos raros, de animales que habían desaparecido hacía miles y miles de años.

Estudiaba, estudiaba siempre en los grandes libros y en los huesos. Y él también, el viejecito que vendía cuadernos y lápices, escribía libros. Libros que lo hicieron uno de los sabios más famosos del mundo.

El viejecito de la librería se llamaba Ameghino.



La canción de los oficios.

I

El carpintero.

Aquel que tiene limas y escoplos
Es el obrero del porvenir;
Lo que sus rudas manos construyen
No ha de morir.

II

El labriego.

Aquel que al alba siembra los surcos
Salva a los hombres de hambre y dolor:
La madre tierra canta en el alma
Del sembrador.



III

El herrero.

Aquel que suda sobre los yunques
Forja con fuego su corazón:
El hierro canta bajo sus manos
Santa canción.

IV

El albañil.

El que levanta grandes andamios
Y que se siente cerca del sol,
También construye con manos rudas
Templos de amor.

V

El tejedor.

Aquel que teje, de noche y día,
Sabe que el lino que tejerá
Será bandera para la humana
Felicidad.



La voz del estuario.



ABLÓ el gran río patrio, y dijo: «Yo vi llegar un día los buques de Solís. Oí más tarde las canciones de los marineros de Gaboto. Mis mareas impulsaron las naves de don Pedro de Mendoza. Refleje las chozas de la primera Buenos Aires en mis aguas. Luego vi la figura de hierro de don Juan de

Garay. Buenos Aires nació por segunda vez en mi ribera.

«Y siempre llegaban buques, buques llenos de hombres blancos. Sentí el paso de los siglos.

«Contemplé el crecimiento de la ciudad sin par.

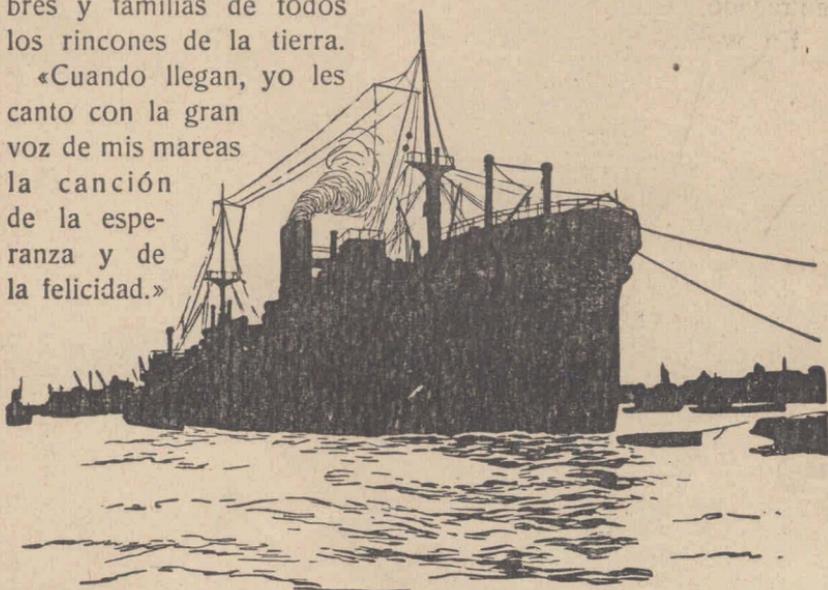
«Un día, sentí sobre mis ondas el paso de las naves invasoras, con sus rojos pabellones. También las vi partir, vencidas. Otro día, un hombre de ojos azules pobló mis aguas de barcos y de cañonazos. Era el almirante Brown, que deshacía las fragatas españolas.

«Siguió pasando el tiempo. En mis noches oscuras, los perseguidos por Rosas cruzaban mis ondas, camino de Montevideo. Otras naves extrañas, las del Sitio Grande, anclaron en mis soledades gloriosas. Partieron, también.

«Desde entonces, mis mareas no cantan más que una canción.

La de la ciudad victoriosa y grande, donde llegan hombres y familias de todos los rincones de la tierra.

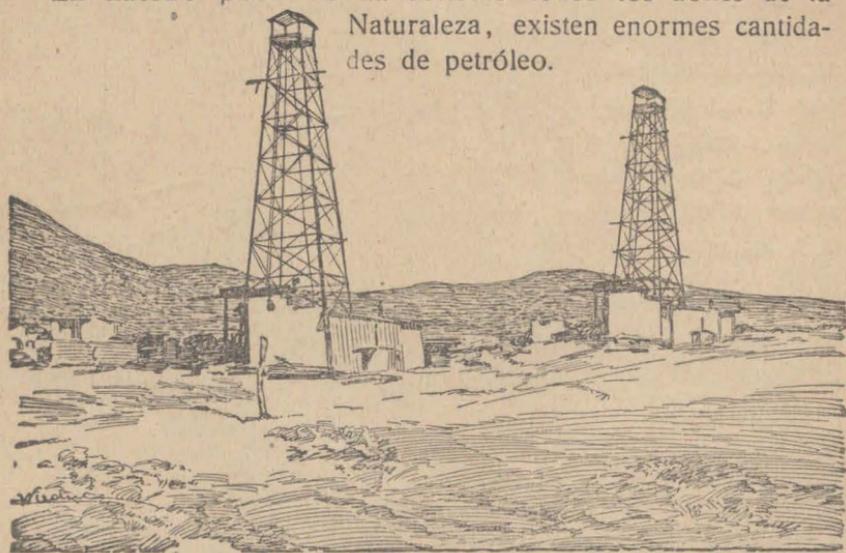
«Cuando llegan, yo les canto con la gran voz de mis mareas la canción de la esperanza y de la felicidad.»



El petróleo.

El día que los hombres descubrieron el petróleo cambiaron los destinos del mundo, lo mismo que cuando descubrieron la electricidad. El petróleo, esas cantidades inmensas de líquido formado por la descomposición de materias en las profundidades de la tierra durante miles de años, presta servicios cada vez más grandes a la civilización. Más barato y cómodo que el carbón mineral o vegetal, sirvió para multiplicar y perfeccionar las máquinas en el progreso del mundo. El petróleo que se sigue encontrando en cantidades cada vez mayores en los dos hemisferios, se saca de la tierra por medio de profundos pozos. Máquinas especiales lo llevan hasta la superficie, y allí pasa por una serie de operaciones especiales, hasta ser entregado para su uso.

En nuestro país, que ha recibido todos los dones de la Naturaleza, existen enormes cantidades de petróleo.





El vigilante.



LLÍ está, siempre en su puesto, en la esquina. A su alrededor, la vida y el trabajo pasan sin cesar.

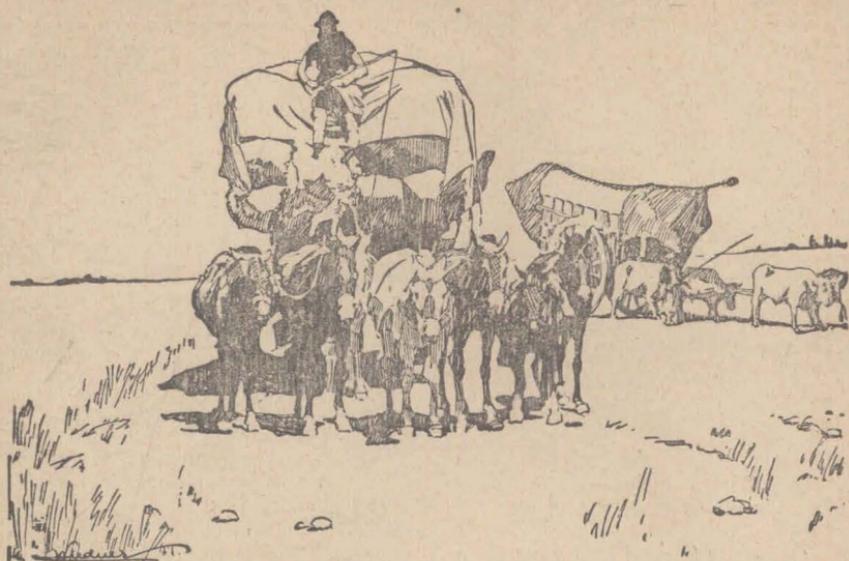
Bajo su mirada serena desfila toda el alma de la ciudad. Hombres, mujeres, niños, saben que representa la ley, velando por la seguridad y por el orden. De día, cuando la ciudad trabaja, está en el sitio del deber; durante la noche, mientras la ciudad duerme, mientras las calles reposan, está allí también.

Es el ojo atento y firme que custodia la vida, los bienes y la seguridad de todos.

Para él, como para el canillita, el calor, el frío, la lluvia, la tormenta, no deben existir.

¡Cuántos mueren cumpliendo con su deber!

El vigilante es otro de los humildes y oscuros héroes del pueblo.



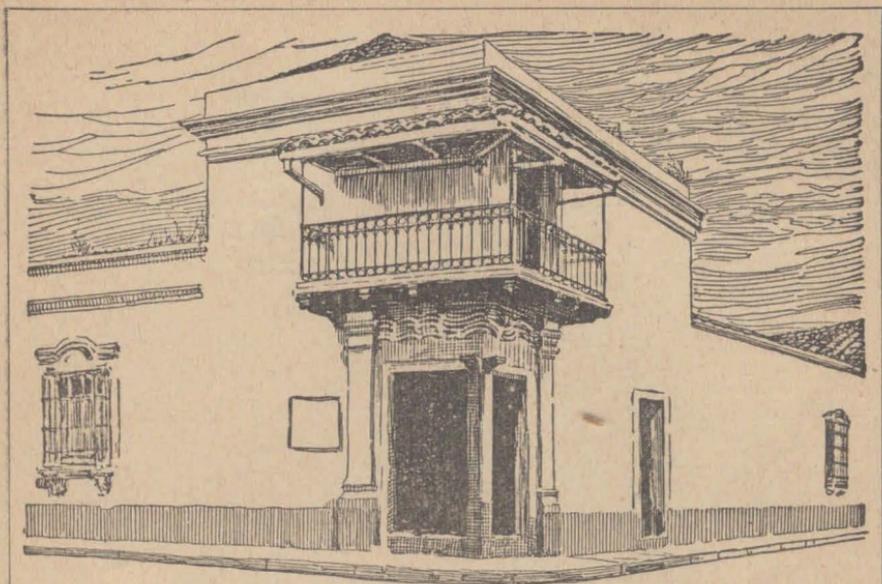
El galpón del Once.



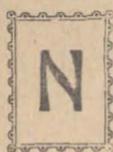
LA Plaza del Once era el punto donde llegaban las carretas que traían los productos del campo y de las provincias. En el mes de Mayo de 1854 se creó en el mercado del Once una Sala Comercial para reunir a los que vendían y a los que compraban, y con objeto también de ayudar a los labradores del país.

Esta Sala Comercial estuvo muchos años instalada en un galpón, y allí era donde se hacían las ventas y negocios de frutos del país. Algún tiempo después cambió de nombre, y se llamó la Bolsa de Cereales. Vino después el desarrollo de la agricultura en la República.

Y donde hace setenta años era un galpón, hoy se compran y venden millones de toneladas de trigo argentino, que es uno de los más famosos del mundo, por cientos de millones de pesos.

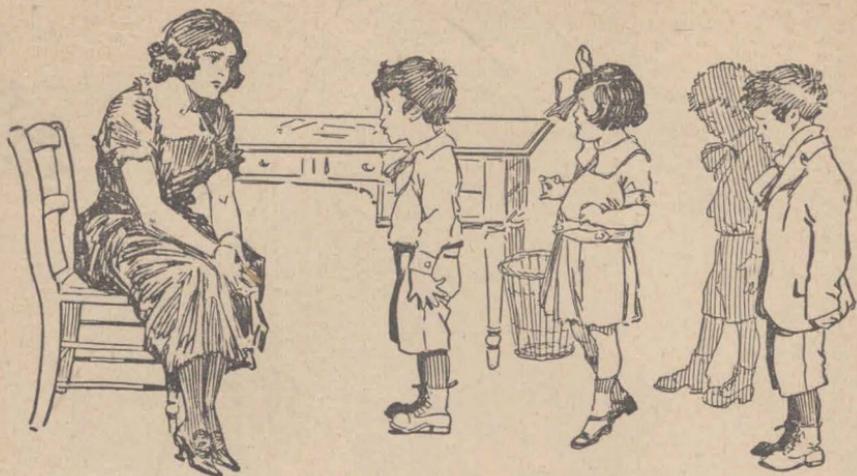


Las casas viejas.



NIÑOS de la ciudad, ¿habéis visto alguna vez unas casas muy viejas, unas casas muy antiguas, en las calles de Buenos Aires? ¡Qué pobres y qué tristes parecen al lado de esos edificios de muchos pisos con balcones llenos de flores! En esas casas viejas, que parecen muy pobres, muy antiguas, muy tristes, nacieron muchos hombres inmortales. Hombres que lucharon por esta patria que tenemos hoy, libre, rica y grande. En esas piecitas humildes, nacieron y soñaron soldados, poetas, estadistas.

¡Pobres casas viejas de Buenos Aires! Cada vez que paséis ante una de ellas, niños de la ciudad, miradlas con respeto. Fueron los hogares del pasado. En sus cuartos se meció la cuna de nuestros abuelos, y en sus patios antiguos los héroes soñaron los sueños de la libertad.



Palabras del camino.

FOR CONSTANCIO C. VIGIL.

Los problemas humanos han de resolverse en el niño; en el hombre, bien o mal, ya están resueltos.

*
**

Ninguna puerta se abre a la palabra sin amor.

*
**

Devolver bien por mal es el mejor negocio.

*
**

Ser hoy mejor que ayer; mañana, mejor que hoy: este es el gran objeto de la vida.



El mirlo.

EL mirlo siempre cantaba. Era un pájaro alegre. Le gustaba tanto

el campo, el cielo azul... Él y sus hermanos llenaban el bosque con sus cantos, que eran risas. Se reían de alegría porque eran libres, lo mismo que el viento.

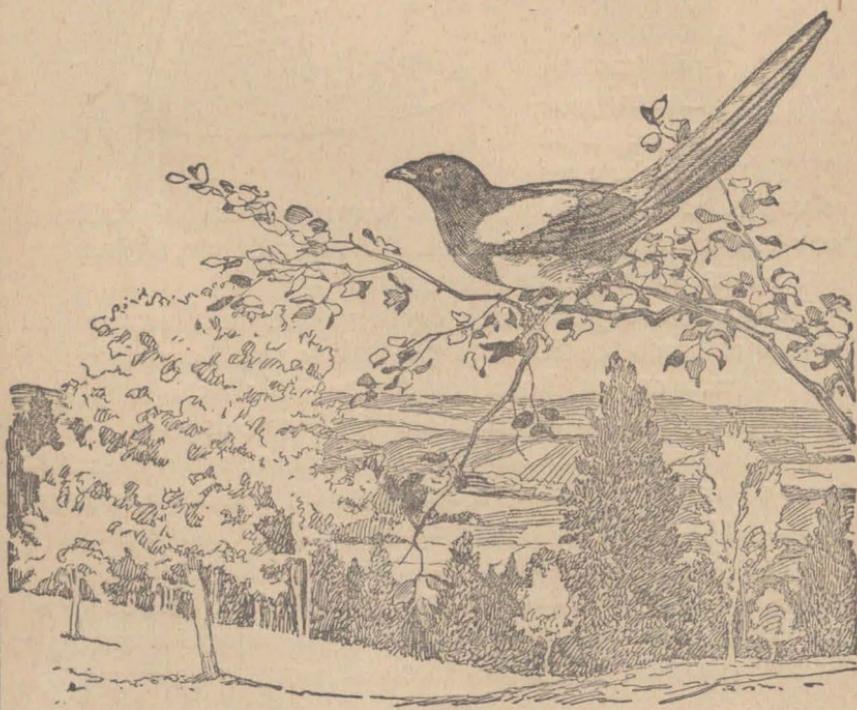
Un día, uno de los mirlos cayó preso en una trampa que habían colocado los hombres. Se lo llevaron. Lo encerraron en una jaula dorada. Todos los días le daban lechuga, granos de trigo, agua como la que bebían los hombres.

Pero el mirlo no cantaba. Detrás de las rejas doradas miraba el campo, que siempre estaba verde; el cielo, que siempre era azul. Pero no podía cantar porque había perdido la libertad. Los otros mirlos, sus hermanos, lo miraban, muy tristes, desde lejos. Hasta que un día un mirlo, que era hermano del mirlo que estaba encerrado en la jaula dorada, se acercó a la jaula y le entregó con su pico un yuyo que se

llama cicuta. El mirlo lo probó y vió que era muy amargo.

Pero lo comió mientras los otros mirlos lo miraban desde los árboles, y el mirlo preso se murió, mirando el cielo azul y el campo verde, y cuando se moría, los otros mirlos, sus hermanos, cantaban bajo el sol.

Y el canto de los mirlos parecía decir: «Más vale morir que perder la libertad.»





El invierno.



TRAIGO la canción del frío. El agua de mis nubes hizo crecer

los ríos e hinchó el vientre de los campos. Los hombres trabajaron en mi helado regazo. Las semillas que sembraron bajo el sol, germinaron bajo la fría y sana caricia de mis vientos. En las lluviosas mañanas, yo vi pasar cantando a los niños, camino de la escuela. Pero mi frío no era el hambre, ni la muerte. Era la salud, el estudio, el trabajo. Mi lluvia humedeció los surcos y los arados.

Sentados alrededor del fuego de mis noches, los hombres soñaron con las glorias de las cosechas.

Mi lluvia lavó las ciudades. Yo soy el Invierno.



¡Siémbralo, hijo mío!

POR MIGUEL A. CAMINO

Siembra este carozo,
Siémbralo, hijo mío,
Que de él saldrá el árbol
Que buen fruto y sombra
Te dará en un próximo
Caluroso estío.
¡Siémbralo, hijo mío!

Si todos los hombres
Sembrasen un grano
En cada baldío
Adonde sus pasos
Guiara el destino,
Gozosos tendrían
El árbol, la sombra,
Las flores, el fruto,
El ave y el nido.

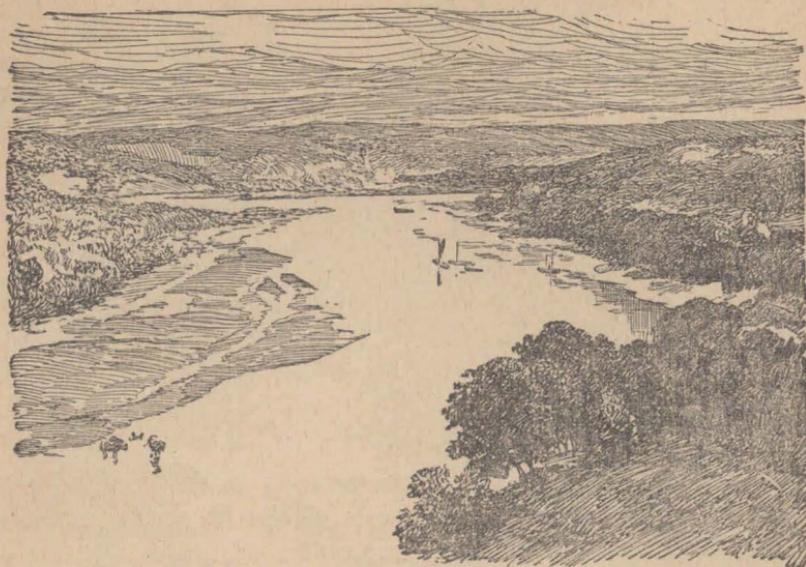


La lana.

DESDE los tiempos más remotos, la oveja, con su lana ha vestido a los hombres. En épocas pasadas, la lana se trabajaba en los hogares. Hasta las reinas y las princesas antiguas la hilaban. La lana actualmente constituye una de las riquezas argentinas. En las inmensas estancias de la Patagonia, especialmente, millares de hombres viven entregados a criar rebaños de millones de ovejas, a esquilas, y a enfardar la lana que va a los países de Europa, a Inglaterra, Alemania, Francia, donde la hilan en grandes hilanderías.

Muchos y muy útiles son los diferentes tejidos que se obtienen de la lana, unos fuertes, resistentes, para confeccionar ropas de hombres, y otros más delicados, más finos, para vestir a las mujeres y a los niños.

La República Argentina es uno de los países laneros, como se llama a los países productores de lana, más importantes en el mundo, y con el tiempo ha de ser el primero en esta industria.

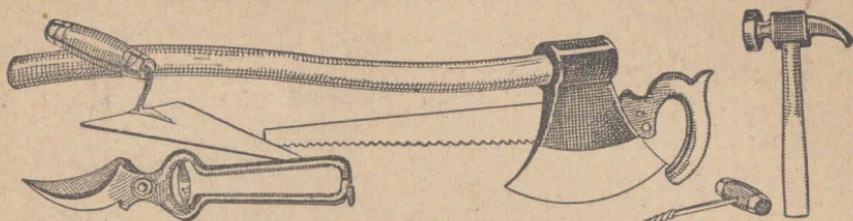


La canción del río.

Yo soy un camino que anda. Mis aguas llevan los buques cargados de trigo, de frutas, de maderas, de máquinas, que servirán para hacer felices a los hombres. En mis aguas se refleja el cielo azul, las nubes, las estrellas. A mi paso voy fecundando los bosques, los jardines y los campos de mis riberas. Al pasar escucho las canciones que cantan los hombres mientras trabajan. De noche, cuando reposan fatigados, los adormezco con el murmullo de mis ondas. Los peces de mis aguas los alimentan. Yo soy el río.

La patria floreció en mis riberas.

Yo le canto sin cesar una canción de paz, de amor y de trabajo.



Las herramientas.

(ADAPTACIÓN DE FABRE).



ABLO.—¿No es verdad que para todo género de trabajo se requieren herramientas especiales? El labrador necesita el arado; el herrero, el yunque; el albañil, la paleta; el tejedor, la lanzadera; el carpintero, la garlopa.

¿Revocaría el albañil una pared con la lanzadera del tejedor? ¿Urdiría la tela el tejedor con la paleta del albañil? Evidentemente, no. ¿No es verdad que por las herramientas puede reconocerse fácilmente el género de trabajo?

JULIO.—Nada me parece más fácil. Si yo veo colgados en la pared cepillos y sierras, reconoceré que estoy en el taller del carpintero.

EMILIO.—El yunque, el martillo y las tenazas me indican un herrero; la cubeta para el mortero, la paleta y el nivel me anunciarán al albañil.

PABLO.—Pues bien. Cada criatura tiene su oficio especial en el gran taller de la Creación, donde todo se agita, todo trabaja.





Las arañas.

POR CARLOS SCHAEFER GALLO.

Fatigada la rueca—vieja como la abuela—
Como la abuela tiene, reumático el andar...
Las dos son compañeras; la pareja que vela
Los sueños patriarcales del inviolable hogar.

Las dos son viejecitas de cabellera blanca;
La abuela peina plata con hilos de algodón,
Mientras la rueca peina, lo que la abuela arranca
De la florida espuma del límpido vellón.

Las dos son compañeras; la pareja que vela
Los sueños patriarcales del inviolable hogar;
Si la rueca se duerme, la despierta la abuela,
La acaricia, la anima: —¡A rodar... a rodar!

Si la abuela flojea, es quien habla la rueca,
Cariñosa y aguda, con su voz de mujer;
Y la abuela que sueña, avinagra una mueca
Y obedece a la rueca: ¡A mover... a mover!

Hoy que vuelvo «hecho un hombre» a la casa paterna
Son las mismas arañas que tejen su tejer...
No ha cambiado ninguna su costumbre fraterna:
—¡A rodar... a rodar!

—¡A mover... a mover!



Una madre del tiempo de Rosas.

A

QUELLA madre del tiempo de Rosas se llamaba la señora de Salvadores. Tenía cuatro hijos, todos de tierna edad. Un día Rosas pensó, o le dijeron, que el señor Salvadores estaba conspirando contra él, y dió orden a la Mazorca de que lo castigase. El castigo significaba la vida en aquel tiempo terrible.

Pero un amigo de la familia de Salvadores le avisó la noche antes. La señora, llena de espanto, llorando, convenció a su marido de que tenía que ocultarse. Lo escondió en el sótano de la casa, tapando cuidadosamente la entrada con ladrillos.

Cuando llegó la Mazorca, no encontró la menor señal del señor Salvadores. La pobre madre, mintiendo con heroísmo, aseguró que no sabía dónde estaba su esposo.

— El salvaje unitario se ha ido a Montevideo, dijeron los mazorqueros, y se fueron. Durante doce años, desde 1840 hasta 1852, estuvo el señor Salvadores escondido en el sótano de su casa, La única que sabía el secreto era su esposa, que trabajaba durante el día para mantener a sus hijos, y de noche

llevarle alimentos y consuelo al escondido. Durante doce años la señora de Salvadores guardó el secreto y se sacrificó por sus hijos. La Mazorca jamás sospechó nada. Hasta que llegó el año de Caseros, y Rosas, vencido por Urquiza, huyó a Inglaterra. Sólo entonces los parientes y los amigos vieron salir bajo tierra a un hombre de larga barba blanca, que apenas podía caminar y que lloraba de alegría mientras besaba las manos de la santa y heroica mujer que durante doce años se sacrificó por su marido y por sus hijos.





El panadero.

CASI desnudo, cubierto el cuerpo por una lona o un paño blanco, el panadero trabaja toda la noche entre las llamaradas del horno. Bajo su pala, la blanca harina se va convirtiendo en dorado pan. El duro y fatigoso trabajo de sus noches se reparte desde el amanecer por las calles, se deposita en todas las puertas. Cuando todos despiertan, después de la salida del sol, encuentran los panes dorados.

El panadero es uno de los servidores humildes e indispensables para la vida de todos. Su oficio es rudo. El fuego del horno le quema la sangre, el trabajo violento le fatiga horriblemente los músculos. Pero el buen panadero no se queja nunca, y sigue su trabajo en medio de la noche, para que al día siguiente todos, grandes y chicos, ricos y pobres, encuentren el pan en la mesa de su hogar.



La mina de oro.

EL viajero venía de muy lejos. Había andado muchos cientos de leguas bajo los rayos del sol. Las arenas le habían quemado los pies durante su larga marcha. Se moría de hambre y de sed. No había árboles, ni agua. Nada más que el desierto sin límites. El viajero, que buscaba una mina de oro, se sintió morir, y dejándose caer sobre la arena cerró los ojos.

Algunos días después, dos viajeros, que también llegaban de muy lejos, encontraron su cuerpo. Cavarón la arena para enterrarlo, y a poco tiempo de cavar encontraron la mina de oro.

¡Cuántos hay en el mundo que viajan por el desierto de su egoísmo sin sospechar cuán cerca están de la mina de oro de la justicia, el amor y la bondad!

Los peces eléctricos.

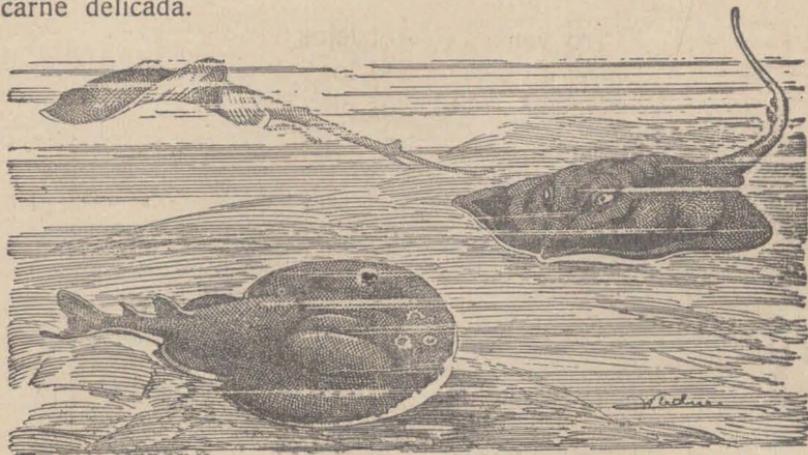
ENTRE los peces se encuentra una clase o variedad conocida con el nombre de «peces eléctricos».



De estos extraños habitantes del agua, los más conocidos son el «torpedo europeo» y la «raya eléctrica argentina». Estos peces poseen órganos eléctricos, formados por una serie de columnas superpuestas.

Bajo la acción de nervios especiales, se produce un fenómeno eléctrico entre el vientre y el dorso de los torpedos y las rayas, y así, cuando se toma el animal, se produce la descarga, que obliga a soltarle por la sacudida que causa.

La raya eléctrica abunda en las aguas de la República, y es muy solicitada por los que gustan de los pescados de carne delicada.





El Peregrino de la Gloria.

CUENTA el general Mitre que en una de las batallas de la guerra del Norte, en tiempo de Güemes, el gran capitán de los gauchos, Lamadrid, se encontró solo. Cargó con diez y seis soldados contra mil quinientos españoles. La mitad de los diez y seis cayeron muertos; la otra mitad huyó.

Sin perder el ánimo, Lamadrid se arrojó solo sobre los mil quinientos enemigos. Una bala le mató el caballo.

Entonces el Peregrino de la Gloria se lanzó solo contra todos. Los enemigos vieron asombrados un hombre que corría solo por el medio del campo, con una espada en la mano.

Y comprendiendo el heroísmo de aquel hombre que peleaba solo por la libertad, el general enemigo gritó:

—¡Alto! ¡No lo maten!

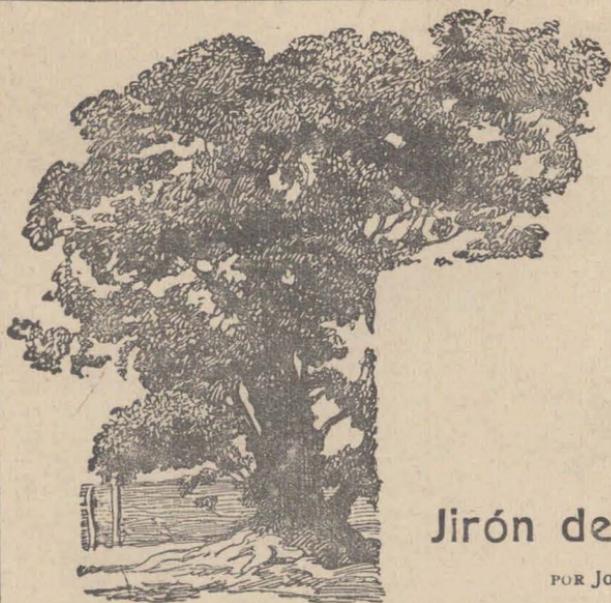


La ciudad misteriosa.

EXISTE en la provincia de Corrientes un estero inmenso, cuyo interior es desconocido hasta hoy. Nadie ha podido penetrar hasta sus profundidades todavía. Una leyenda cuenta que en los días claros y serenos se oyen tañidos de campanas, mugido de ganados, cantos lejanos, que llegan desde un pueblo misterioso que se encuentra en el centro del inmenso estero.

Según la leyenda, viven allí los descendientes de los indios que desaparecieron de las misiones cuando la expulsión de los jesuitas, hace más de doscientos años.

Pero los sabios afirman que esta leyenda es falsa, y que las voces y los rumores que llegan de la ciudad misteriosa, son los ruidos del estero, del viento y de los animales salvajes que habitan en las soledades de la gran laguna.



Jirón de Pampa.

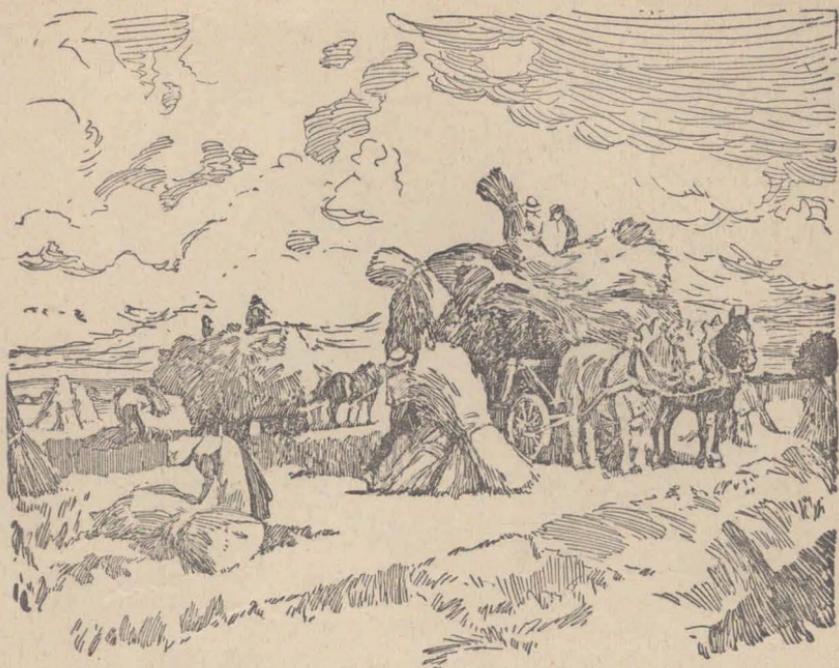
POR JOSÉ DE MATURANA

La sonadora pampa de quietud visionaria,
como absorta en la noche de su eterna amargura,
parece que acaricia la dulce desventura
de verse en el silencio tan triste y solitaria.

Al viento la melena del errabundo paria,
cruza el audaz jinete la infinita llanura,
erguido en su gallarda, veloz cabalgadura
de clásica belleza, criolla y legendaria.

Va envuelto en rico poncho de punto americano,
mientras sostiene vieja guitarra en una mano
y el incansable potro sin recelo galopa...

Y allá — mudo vigía del desierto camino —
como un doliente hermano del jinete argentino
tiende el ombú amoroso los brazos de su copa.



La canción del trigo.

RUBIO soy, como el sol, como la luz, como el oro.
Los hombres buenos me sembraron en los campos.
La lluvia hizo germinar mis semillas fecundas. El
viento, bajo el cielo azul, agitó mis espigas. Cantó
sobre mí canciones de paz, de trabajo, de felici-
dad. Hombres buenos levantaron mis cosechas doradas; me
convirtieron en harina blanca; con la harina hicieron pan.
El pan que salió de mí, alimentó a todos.

Parte de mis cosechas fué embarcada en grandes buques
y llevada a otros países, donde también alimentó los hogares
de otros pueblos.



Una heroína.

DOLORES Costa no fué una heroína de batallas. Era hija de un estanciero, y tenía diez y nueve años cuando, hace mucho tiempo, estalló una epidemia de fiebre amarilla en el Sur de la provincia de Buenos Aires. Dolores Costa, que era joven, rica y hermosa, en vez de huir de los pueblos apestados, se dedicó a cuidar a los enfermos. Iba de rancho en rancho, de puerta en puerta, heroica y sublime, montada en su caballito zaino, visitando y dando medicinas a los apestados.

A los más pobres los llevaba a su estancia. Ella misma les secaba el sudor de la fiebre, les daba los remedios, consolaba a los que sabía que se iban a morir o a sus infelices familias. Parecía el Angel de la Caridad en medio de los campos apestados del Sur, hasta que la epidemia pasó, respetándola.

El nombre de Dolores Costa debe vivir siempre en el corazón de los argentinos.

La hulla.

LA hulla es uno de los tesoros de la civilización. Sin ella, las naciones nunca hubieran progresado como lo han hecho. La hulla es luz, calor, fuerza, energía. ¿De dónde procede la hulla? Hace cientos, miles de años, los grandes bosques, árboles, arbustos y plantas, se secaban y eran absorbidos por la tierra. Se iban formando grandes capas de bosques muertos, y la tierra las iba cubriendo. Con los siglos, aplastadas por inmensas capas de barro y arena, estas capas se hacían duras como piedra. Y con el tiempo, el hombre fué descubriendo la hulla que desde hacía miles de años se iba formando en las profundidades de la tierra, y que se transforma en luz, que mueve las máquinas, que facilita la vida y el progreso.





El hogar.

POR RABINDRANATH TAGORE

IBA yo lentamente, por la carretera que atraviesa el campo cuando el sol caído, como un avaro, guardaba en el ocaso su oro postrero. Se hundía la luz en la sombra, cada vez más baja, y la tierra viuda, segadas ya sus mieses, yacía silenciosa.

De pronto se perdió en el cielo la aguda voz de un niño, que cruzara, sin yo verlo, por la obscuridad, dejando la estela de su canción a través de la hora callada. Su hogar estaba allá, tras los cañaverales, al fin de los llanos, perdido entre la sombra del plátano, de la palmera, del cocotero y del árbol verdinegro del pan. Me detuve un momento, en mi solitario caminar, a la luz de las estrellas. Ante mí, la tierra umbrosa se extendía, abrazando una infinidad de hogares con cunas y lechos, con corazones de madres y lámparas de velada, con vidas jóvenes y alegres, con esa alegría que no sabe todo lo que vale para el mundo.



Damas Patriotas.



AGDALENA Güemes
era la hermana
del general Güe-
mes, el jefe de los
gauchos del Nor-
te. Era ella quien algunas
veces reemplazaba a su her-
mano en los consejos de
guerra, quien lo animaba con
sus palabras de fuego en las
horas difíciles. Era la ins-
piradora del «Padre de los
Pobres», como llamaban los
gauchos a Güemes. Junto
con Magdalena Güemes
otras damas salteñas ayu-
daron en la guerra contra
los invasores españoles,
afrontaron el sacrificio y
hasta la muerte, en el nom-
bre sagrado de la patria.



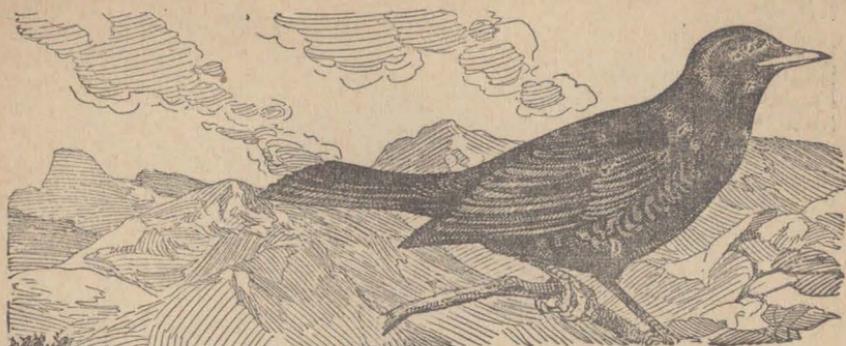


Los tordos.

POR JUAN CARLOS DÁVALOS.

Abanico loco
Sobre el claro cielo,
En plano ondulante
Por el aire quieto,
Vuela la bandada
De los tordos negros.

Con frú-frú de raso
Trasponen los cercos
De los cebadales
Casi a ras del suelo,
Y el sol de la tarde
Los alumbra al sesgo.



Como mil saetas
Flamantes de acero
Al sol del ocaso
Se suben al cielo
En un mismo plano
Por el aire quieto.

Giran en la altura,
Caen en un vértigo,
Cendal ondulante
De un encaje negro
De invisible trama
Sobre el claro cielo.

Ya vuelven, ya bajan,
Ya rozan los cercos,
Y en la blanca copa
De un álamo crespo
Repliegan unánimes
Su abanico negro.

El sol ya se oculta
Detrás de los cerros,
Hay sombra en el valle,
Pero allá, muy lejos,
Alumbra las cimas
Un rayo postrero.



Palabras del camino.

POR CONSTANCIO C. VIGIL.

Sin trabajo no hay descanso. Aquellos que sólo quieren descansar, ¡cuánto trabajan para conseguirlo!

*
**

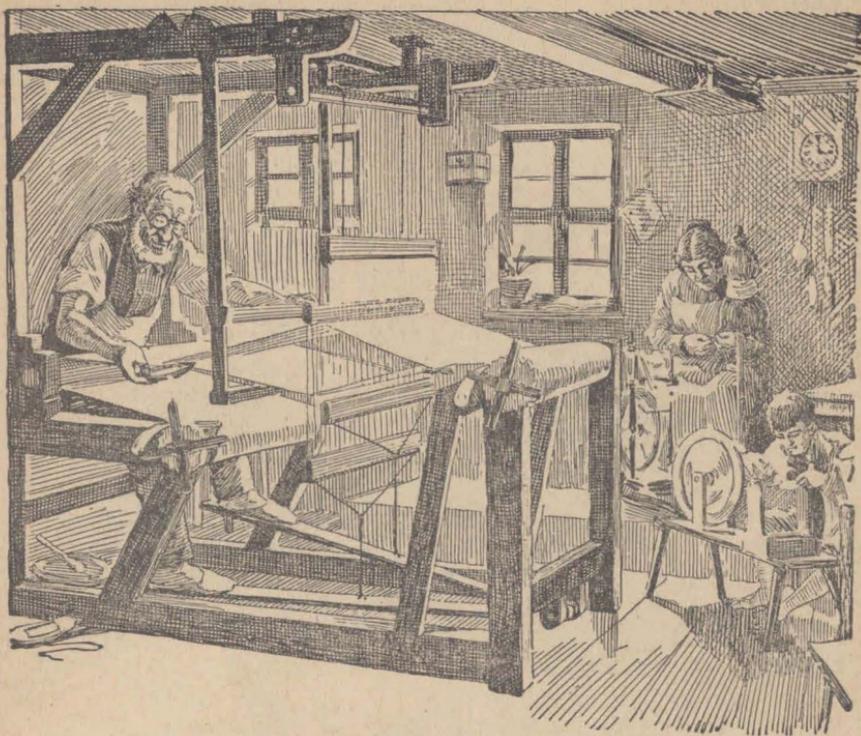
El arado es una pluma que sólo escribe para la felicidad del hombre.

*
**

En el surco del arado sepulta el hombre sus vicios.

*
**

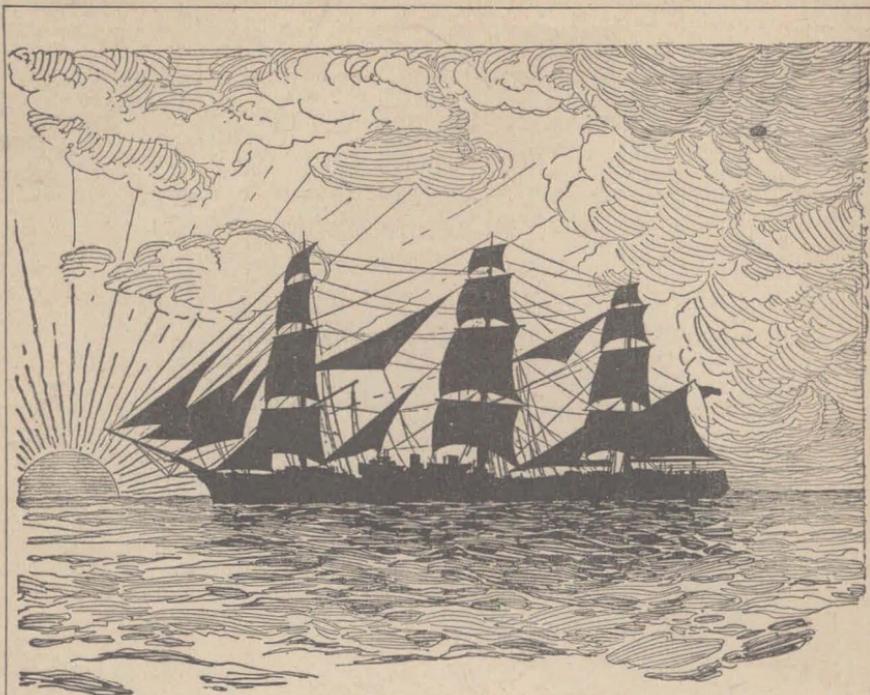
El mejor corazón es el que late más cerca de la tierra, porque está contagiado de su serena y humilde fortaleza.



Las florecitas azules.

QUÉ azul está el campo! De un azul celeste que parece reflejar el cielo. Es que ha florecido el lino. El viento suave mueve las florecitas celestes, y parece cantar una canción: «Somos las flores del lino. Con lino que llevarán a las ciudades. Del lino que servirá para vestir y abrigar a los hombres, para fabricar medicinas que les devolverán la salud».

Esta era la canción que cantaban las florecitas celestes en el campo azul.



La patria en el mar.

N

UESTRA patria siempre fué grande en el mar. Grande por el valor de sus hijos, en tiempo de lucha, cuando las hazañas de Brown, de Rosales, de Buchardo, consolidaban la libertad. Es grande también ahora, en tiempos de una paz que ojalá reine siempre.

Allá va la fragata Sarmiento, llevando por todos los mares y puertos del mundo el nombre del héroe civil, el mensaje de nuestra civilización, saludando desde lo alto del mástil las banderas de las patrias hermanas y las patrias amigas, que son todas las del mundo.

La caña de azúcar.



A caña de azúcar es otra de las grandes riquezas de nuestro país. En las provincias del Norte, especialmente en Tucumán, inmensas extensiones de tierra están dedicadas al cultivo de este precioso vegetal; muchos millares de hombres trabajan todo el año en los «ingenios», que así se llaman los establecimientos destinados a su cultivo y explotación.

La caña de azúcar, de la cual se extrae uno de los productos más indispensables para la salud y la vida, requiere un clima cálido y algo húmedo, pues necesita abundancia de sol y de agua durante su crecimiento.

La caña, desde que es cortada hasta que se le extrae el jugo precioso, pasa por una serie de procesos especiales que exigen atentos cuidados y el trabajo de muchos hombres.



Los indios.

TODAVÍA quedan muchos indios en la tierra argentina. Muchos, la mayor parte, trabajan en los campos, en los bosques, en los valles. Esos indios buenos y trabajadores también son ciudadanos argentinos, aunque no sepan leer ni escribir. Son hombres humildes y olvidados, perseguidos algunas veces por malos hombres blancos, que les quitan sus tierras y hasta sus caballos y cueros.

¡ Pobres indios !

Ellos también viven y sufren. Ellos también ayudan de un modo humilde a formar la patria, en los bosques, en los campos, en los valles.

Tienen hogares; hijos que no pueden ir a la escuela.

Son argentinos. Son hermanos de los hombres buenos y justos de la República Argentina.





La primavera.



TRAIGO la esperanza y la vida.

Yo lleno de hojas nuevas
las ramas de los árboles y
hago florecer las plantas.

El sople suave de mis brisas
hace ondular los trigales dorados.

¡Cómo cantan los pájaros al sentirme llegar!

El cielo, la tierra, las ciudades, los ríos, los
caminos, los bosques, se bañan en los rayos de mi sol.

Traigo también la salud a los enfermos, la esperanza a
los corazones, la alegría a las almas.

Yo soy la vida que llega, porque soy la Primavera.



La escuela de las flores.

POR RABINDRANATH TAGORE.

CUANDO caen los aguaceros de junio y los negros nubarrones braman por el cielo, y el viento mojado del Este viene por el yermo a tocar la flauta en los bambúes, las flores surgen, sin que nadie sepa de dónde, en súbito tropel, y se ponen a bailar sobre la hierba, locas de alegría.

—Madre, ¿las flores van a una escuela que hay debajo de la tierra, no? Allí, cerrada la puerta, estudiarán sus lecciones; y si quieren salir a jugar antes de la hora, su maestro las pondrá de rodillas en un rincón. Pero cuando llueve, ¡qué día de fiesta para ellas! Las ramas se golpean ruidosamente en la arboleda; suspiran las hojas en el loco viento; las nubes de tormenta palmotean con sus manos gigantes... Y las flores-niñas salen corriendo, vestidas de rosa, de amarillo, de blanco...

—Madre, oye: las flores tienen su casa en el cielo, entre las estrellas, ¿sabes? ¡Mira tú, si no, cómo quieren subir! ¿A qué no sabes tú por qué corren tanto? ¡Yo, sí, lo sé! Y sé a quién tienden sus brazos. Las flores tienen una madre como yo te tengo a ti, madre mía.



Manuelita.



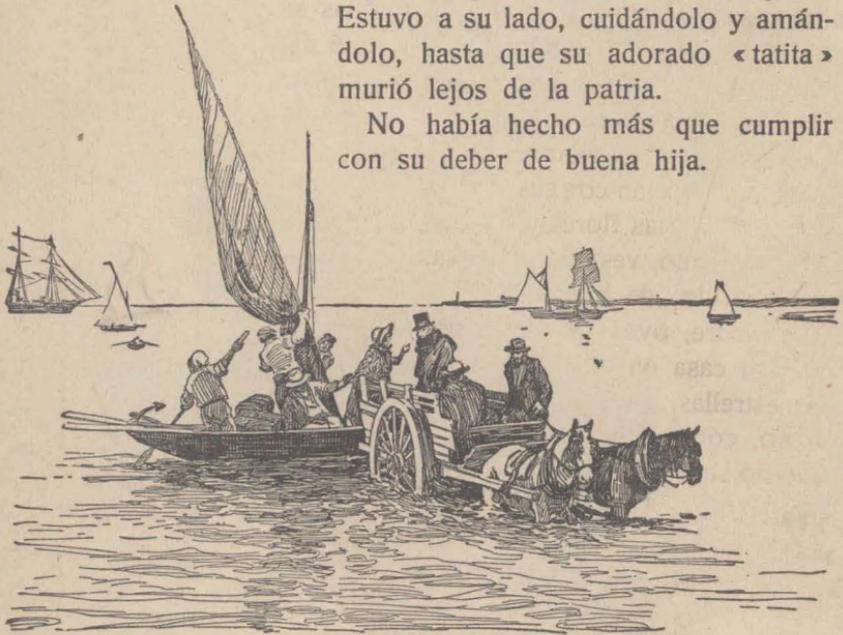
EN el tiempo de Rosas vivió una niña cuyo nombre estará siempre en el corazón de los argentinos. Era Manuelita, la hija del Restaurador de las Leyes. Manuelita Rosas quería tanto a su padre que no creía que fuera malo.

Creía que eran los enemigos de su «tatita» los que perseguían a los que caían bajo el puñal de la Mazorca.

¡Cuán hermoso ejemplo de amor filial!

El amor de los hijos sólo debe ver lo bueno que hay en los padres. Así fué que Manuelita, cuando el Restaurador cayó vencido en Caseros, y escapó a Inglaterra, ella lo acompañó. Estuvo a su lado, cuidándolo y amándolo, hasta que su adorado «tatita» murió lejos de la patria.

No había hecho más que cumplir con su deber de buena hija.





El carpintero.

POR LEOPOLDO LUGONES.

El maestro carpintero
De la boina colorada
Va desde la madrugada
Taladrando su madero.

No corre en el bosque un soplo,
Todo es silencio y aroma;
Sólo él monda la carcoma
Con su revibrante escoplo.

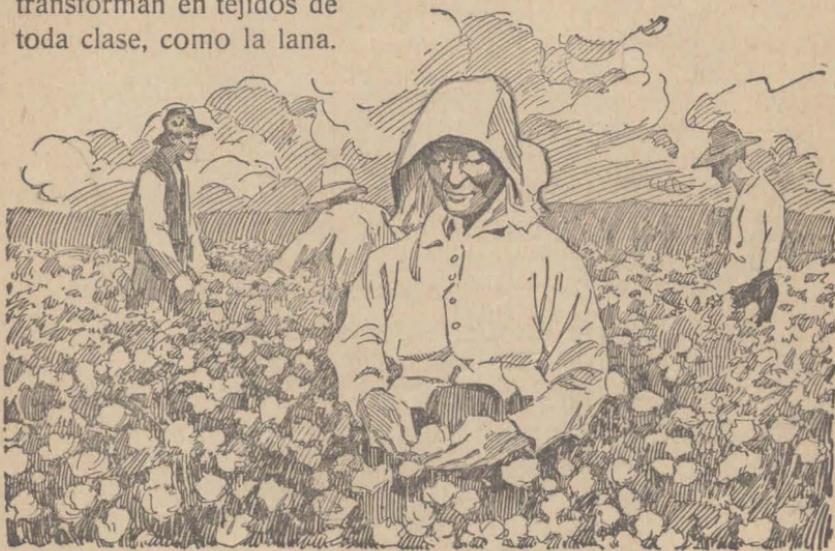
Y a ratos, con brusco ardor,
Bajo la honda paz celeste,
Lanza, intrépido y agreste,
El canto de su labor.

El algodón.

EA planta del algodón sólo crece y fructifica en los países cálidos, pues necesita el sol. Es una planta muy bonita, de hojas de un color verde oscuro, que da flores amarillas, de gran tamaño, y vainas grandes como nueces. Cuando estas vainas maduran, se abren, y en su interior se encuentra una substancia blanda, suave, parecida a la lana de las ovejas.

Es el algodón. Antiguamente se le llamaba «la lana vegetal». El algodón, que empieza a ser llamado «el oro blanco de la República» y ser otra de las riquezas nacionales, se cultiva en el Norte, especialmente en los territorios de Misiones y Formosa, donde el clima es cálido.

Una vez recogido de las plantas, se le seca al sol, se le acondiciona en fardos y se le envía a los telares, donde lo transforman en tejidos de toda clase, como la lana.





Sarmiento.

Quando el pobre maestro nacido al pie del Ande
Al despedir sus niños cerraba la cartilla,
En el claro silencio de su casa sencilla
Soñaba en una patria, nueva, gloriosa y grande.

Lucha contra el tirano. Su corazón se expande
Quando el sol de Caseros en nuestro cielo brilla;
Por fin se terminaba la larga pesadilla,
Y huye la tiranía en trágico desbando.

En el libro, la cátedra, el Parlamento, el diario,
Su palabra de apóstol ardiente y solitario
Ruge los evangelios de la Patria. Al morir

La patria es libre y grande como él la soñó un día,
La voz de las escuelas escucha en su agonía,
Y dice: «muero oyendo la voz del porvenir».

ANÓNIMO.

La guitarra.

LA música de la guitarra llega siempre al corazón de los argentinos. Es porque hace pensar en el pasado. El pasado es el recuerdo de los hombres que tuvieron el sueño y la esperanza de la patria, de la nacionalidad.

La guitarra hace pensar en los campos; en los hombres que trabajan en las llanuras, sembrando el trigo, levantando las cosechas, bajo los rayos del sol. La guitarra suena en las noches claras, bajo la luz de las estrellas, y los hombres que la escuchan sienten la voz de los hombres que se han muerto, que también hacían patria, peleando con los indios malos, abriendo los desiertos para que otros hombres vinieran con los arados.

En los campos, su música se escucha todavía, como el ruido del viento entre los trigos maduros. Y la guitarra parece decir: «¡Patria! ¡Patria! ¡Tierra donde nacimos! ¡Tierra donde hemos de morir!»





El Delta del Paraná.

EL Delta, tan admirado por los turistas, cantado por los poetas y señalado por la visión profética de Sarmiento como una tierra de promisión, es uno de los más bellos rincones de la República. No tiene similitud con ninguna otra región argentina ni por la configuración geográfica ni por la vida y costumbres de sus habitantes, pues se desenvuelve con elementos exclusivos.

Está materialmente cerca de la Capital Federal, en modo tal que bastan algunas horas de viaje agradable para llegar al corazón de sus islas; pero apenas se ha penetrado en el laberinto de sus ríos y arroyos y traspuesto el discreto límite de las excursiones dominicales, el viajero experimenta la sensación de hallarse a centenares de leguas de la metrópoli, en la soledad de una región encantada o misteriosa, donde no

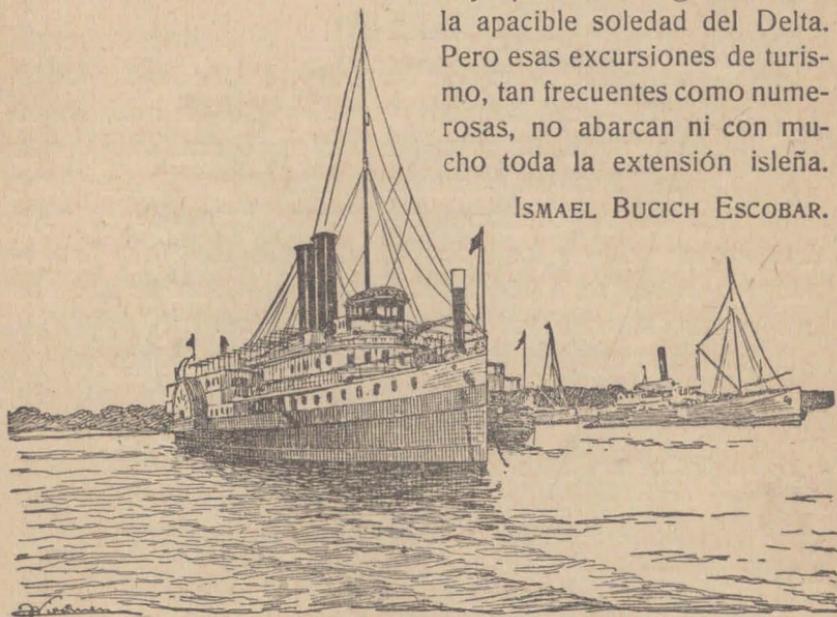
se oye otro indicio de vida que el leve murmullo del río en su eterno deslizarse hacia el mar y el rumor del viento entre los sauces y ceibos que bordean sus costas.

Parecería que el Delta hubiese sido formado allí, a las puertas de Buenos Aires, por un designio providencial.

No hay, en efecto, lugar más adecuado para servir de desahogo espiritual a la inquieta población porteña que ese rincón tranquilo y pintoresco, donde la mano del hombre no tiene nada que hacer para aumentar su belleza, pues ella está allí en todas partes: en el cielo límpido, en la paz de los arroyos, en la quietud de las islas y en la hospitalidad de las gentes que las pueblan.

No habrá, por cierto, persona alguna en Buenos Aires, que inclinada a admirar las obras maestras de la Naturaleza, no haya penetrado alguna vez en la apacible soledad del Delta. Pero esas excursiones de turismo, tan frecuentes como numerosas, no abarcan ni con mucho toda la extensión isleña.

ISMAEL BUCICH ESCOBAR.





Fuente de luz.

POR CARLOS WAGNER.

FUENTE de luz en el camino de la Humanidad es la bondad. No soy de los que creen en la perfección natural del hombre y enseñan que la sociedad lo corrompe. De todas las formas del mal, la que más me aterra es, por el contrario, la hereditaria. Y me he preguntado en ocasiones qué ocurre para que el viejo virus envenenado de los viles instintos, de los vicios inoculados en la sangre, todo el conjunto de servidumbre que nos lega el pasado, no haya podido con nosotros.

Es sin duda que hay algo más. Este algo es la bondad.

Tiene en su contra la ferocidad nativa de lo que podríamos llamar la bestia en el hombre; tiene en su contra la perfidia, la fuerza, el interés, y sobre todo la ingratitud.

¿Por qué pasa pura e intacta por medio de estos enemigos poderosos? Porque los enemigos son cosa inferior y la bondad es superior.

El gallo y el zorro.

(FÁBULA)

Un zorro camandulero
Visitaba un gallinero,
Y le fastidió que el gallo
Cantara cuando ni un rayo
Del sol doraba el alero.
Y así le habló: — ¿Qué razón
Te obliga a tal madrugón?
— Yo canto anunciando el día
— Pero es de noche...

— Sería

Más noche sin mi canción...
— Puede que sí, mas liviano
Te doy un consejo hermano,
Profundo y muy popular...
No por mucho madrugar
Amanece más temprano.

E. RICHARD LAVALLE.





Los gauchos.



A no quedan gauchos. Pero, ¿quiénes eran los gauchos? Eran hombres pobres, muy pobres. El que era más rico entre ellos apenas tenía un rancho y un caballo. Vivían en los tiempos en que la patria estaba naciendo.

A algunos los llevaban a pelear con los indios.

A los demás, los malos jueces les quitaban sus ranchos, los separaban de sus familias, los perseguían, porque eran hombres que creían y soñaban con la libertad. Y sin embargo, fueron gauchos los soldados que pelearon en las grandes batallas de la libertad argentina. Gauchos eran los que pelearon en Suipacha, en Tucumán, en Salta, en Chacabuco, en Maipo...

Pelearon y murieron por la Independencia. ¡Pobres gauchos!

El enemigo de las viñas.



a) Filoxera llegada a su completo desarrollo.



b) Nintz joven.



c) Raíz atacada por la filoxera.

Los viñedos, de cuyo fruto se obtiene el vino del mundo, constituyen una de las grandes riquezas de los pueblos. En nuestro país, dos grandes provincias, San Juan y Mendoza, están dedicadas al cultivo y a la explotación de sus viñedos. Pero existe un insecto casi invisible que pone en peligro los inmensos viñedos: es la filoxera. La filoxera destruye las hojas y las raíces de las viñas, reduciéndolas a polvo, y amenazando regiones enteras. También produce una enfermedad en las viñas, enfermedad llamada también la filoxera. Por eso los viticultores, nombre que se da a los cultivadores de la vid, están siempre listos para curar las plantas en que aparece esta enfermedad terrible y destructora.



La vida sencilla.

POR CARLOS WAGNER.



A SPIRAR a la vida sencilla es aspirar a cumplir el más alto deber hu-

mano. Todos los movimientos de la Humanidad en busca de mayor justicia y más luz, han sido al mismo tiempo movimientos hacia una vida más sencilla. Y la sencillez antigua en las artes, en las costumbres, en las ideas, no conserva para nosotros su incomparable valor, sino porque ha llegado a dar un relieve poderoso a algunos sentimientos esenciales, a algunas verdades permanentes.

Hay que amar esta sencillez y esforzarse en conservarla piadosamente. Si nos es imposible ser sencillos en la misma forma que nuestros padres, podemos seguir siéndolo o volver a serlo con el mismo espíritu.

Caminamos por otros senderos, pero en el fondo, el fin de la Humanidad sigue siendo el mismo.



El ombú.

Bajo las ramas frondosas de aquel ombú carcomido,
Un lancero de Lavalle grabó un nombre en un raigón;
Y en su rugosa corteza un payador perseguido
Grabó a daga una paloma llevándose un corazón.

Las indias chamuscaron su ramaje florecido
En las rojas madrugadas, a la vuelta de un malón,
Y los gauchos melancólicos en su marcha hacia el olvido,
A su sombra levantaron su tristísima canción.

Las carretas y las tropas a su pie se detenían:
Los troperos fatigados a su sombra se dormían
Del sudeste que aventaba las cenizas del fogón.

¡Viejo ombú! Y aquella tarde tormentosa de Febrero
Derribado por un rayo cayó muerto, y el pampero
Con sus hojas amarillas se llevó su tradición.



El cóndor.

EL cóndor es el ave simbólica de América. Grande como el águila, como esta otra ave, gigante también, vive en las cumbres de las montañas. Allí, entre los peñascos, construye sus nidos. Sus ojos de mirada penetrante todo lo ven desde las alturas inmensas. Vuela describiendo grandes círculos, y al divisar la presa, la oveja, la cabrita, el pequeño guanaco, se arroja sobre ella y se la lleva a su guarida invisible.

Sus garras poderosas parecen de acero. Su picotazo puede perforar cualquier objeto, por duro que sea.

Como todas las aves de gran tamaño, el cóndor se alimenta solamente de carne. Vive muchos años, no sólo estando libre, sino también en la cautividad.

Todos los grandes poetas de América han cantado a esta ave, "el cóndor de los Andes".

Héroes de cuatro patas.



TAMBIÉN tomaban parte en las batallas. También combatían y morían. Llevaban sobre sus lomos flacos los cañones. Las balas y las bayonetas abrían terribles heridas en sus cuerpos. Tomaron parte —¡y qué parte!— en todas las batallas de la libertad americana.

A veces no bebían más que el agua verdosa de los pantanos.

Pasábanse días y días sin poder comer una mata de pasto, porque no lo había en las largas marchas.

Pero cumplieron heroicamente su deber.

No les dieron medallas, ni grados, ni pensiones.

Sus huesos se quedaron pudriendo, olvidados de todos en los campos del Norte, en las quebradas de los Andes.

¡Pobrecitos héroes de cuatro patas; «soldados sin fusiles», que también sufrieron, lucharon y murieron en nombre de la libertad! Caballitos y mulas de los ejércitos de la Independencia, algún día tendrán una estatua.



El verano.

Y

o traigo el descanso para los arados. Traigo también el reposo para los que trabajaron todo el año, los hombres en los campos y los niños en las escuelas. Mi sol ardiente convirtió en oro las espigas. Al sentirme llegar, los racimos maduraron en las viñas, y los campos se quedaron dormidos.

En mis noches serenas, el cielo se cubrió de estrellas luminosas y cantaron las guitarras campesinas, y las cigarras también cantaron en los caminos.

¡Qué azul es el cielo!

Los ríos reflejaron mi sueño.

Los animales de los campos descansaron bajo la caricia tibia de mis vientos.

Yo les hablo de reposo y de paz, porque soy el Verano.



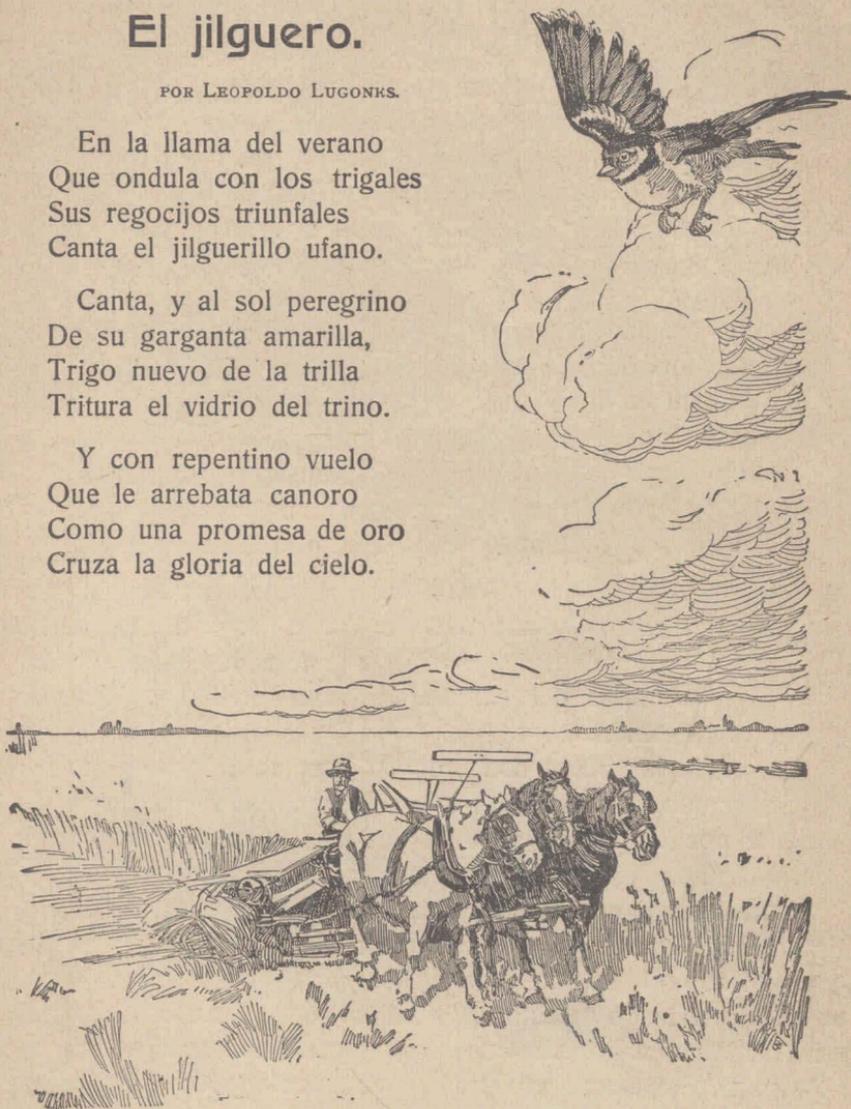
El jilguero.

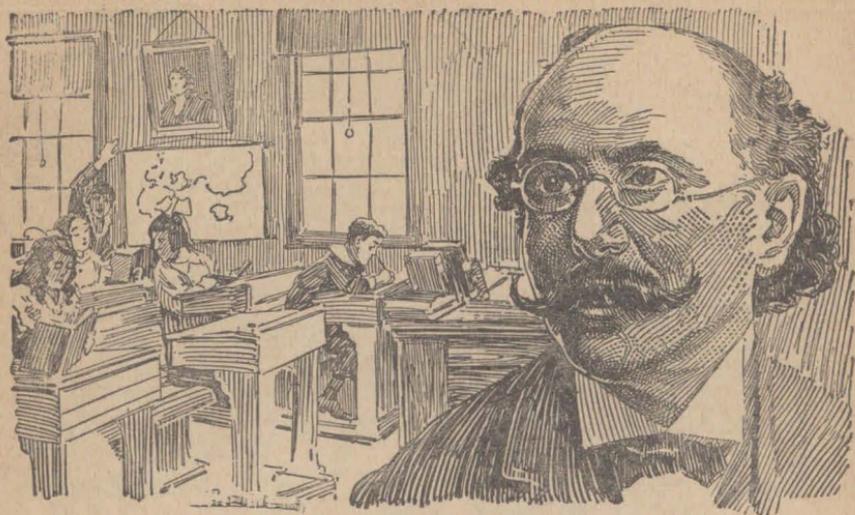
POR LEOPOLDO LUGONKS.

En la llama del verano
Que ondula con los trigales
Sus regocijos triunfales
Canta el jilguerillo ufano.

Canta, y al sol peregrino
De su garganta amarilla,
Trigo nuevo de la trilla
Tritura el vidrio del trino.

Y con repentino vuelo
Que le arrebató canoro
Como una promesa de oro
Cruza la gloria del cielo.





El poeta en la escuela.

HABÍA nacido en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Toda su vida fué maestro. Enseñó en esta ciudad. Después anduvo por la provincia, de pueblo en pueblo, enseñando a leer a los niños en las escuelas del campo. Era uno de los poetas más grandes de América.

Amaba a los niños con todo su gran corazón de poeta.

Sus versos hiciéronse famosos. Siempre vivió solo, muy pobre.

Una noche de invierno tuvo que taparse con la bandera de su escuela, porque había regalado sus frazadas a una viejecita.

Por más que era un poeta magnífico, su vida era de las más humildes. Cuando ya era muy viejo y no pudo enseñar más, adoptó como hijos unos huerfanitos y los educó como propios.

Murió rodeado de estos hijos adoptivos, en una casita pobre, en La Plata, una casita con rosas y con palomas. Se llamaba Pedro B. Palacios, pero todos lo conocían por Almafuerte.



“Adiós a la Maestra”

POR PEDRO B. PALACIOS
(Almafuerte)

Obrera sublime,
bendita señora:
la tarde ha llegado,
también para vos.
¡La tarde que dice
descanso!... ¡La hora
de dar a los niños
el último adiós!

Mas no desespere
la santa maestra:
no todo en el mundo
del todo se va.

Usted será siempre
la brújula nuestra...
¡La sola querida
segunda mamá!

Pasando los meses,
pasando los años,
seremos adultos,
geniales, tal vez...
¡Mas nunca los hechos
más grandes o extraños
desfloran del todo
la eterna niñez!

En medio a los rostros
que amante conserva
la noble, la pura
memoria filial —
cual una solemne
visión de Minerva —,
su imagen, señora,
tendrá su sitial.

Y allá dondequiera
la ley del ambiente
nimbar nuestras vidas,
clavar nuestra cruz,
la escuela ha de alzarse
fantásticamente,
cual una suntuosa
gran torre de luz.

No gima, no llore
la santa maestra:
no todo en el mundo
del todo se va.
Usted será siempre
la brújula nuestra...
¡La sola querida
segunda mamá!



A manera de epílogo.

POR GABRIELA MISTRAL.

*I. Todo para la escuela; muy poco para nos-
otras mismas.*

*II. Vivir las teorías hermosas. Vivir la bondad, la
actividad y la honradez profesional.*

*III. Más puede enseñar un alfabeto que un ser sin
honradez, sin equidad.*

*IV. Los dedos del modelador deben ser a la vez
firmes, suaves y amorosos.*

V. Todo esfuerzo que no es sostenido, se pierde.

VI. El buen sembrador siembra cantando.

*VII. Es preciso no considerar la escuela como
casa de "uno", sino de todos.*

*VIII. Todo mérito se salva. La humanidad no
está hecha de ciegos, y ninguna injusticia persiste.*

*IX. Uno de los más nobles amores es el amor
al que enseña.*

ÍNDICE GENERAL

	pág.		pág.
PRÓLOGO	3	La electricidad.....	35
Los niños.....	7	La cuna y el sepulcro	36
Los sabios	9	La palabra sencilla	37
Las ciudades.....	10	Los murciélagos [?]	38
Evocación del campo ...	11 y 12	El viejecito de la librería.....	39
Los libros.....	13	La canción de los oficios	40 y 41
La loca de la guardia... 14 y	15	La voz del estuario	42 y 43
La alegría de la salud	16	El petróleo.....	44
Las estrellas	17	El vigilante	45
La lámpara de Aladino.....	18	El galpón del Once	46
Las hormigas	19	La carreta	47
La canción del arado	20	El puma	48
El canillita.....	21	Las casas viejas.....	49
Florcita de aire.....	22	Palabras del camino	50
Un héroe.....	23	El mirlo	51 y 52
Los humildes.....	24	El invierno	53
El niño descalzo.....	25	¡Siémbralo hijo mío!.....	54
Las viejecitas	26	La lana	55
La alfombra milagrosa.....	27	La canción del río.....	56
El veneno de las serpientes...	28	Las herramientas	57
El otoño.....	29	Las arañas.....	58
El cartero.....	30	Una madre del tiempo de Ro-	
La canción del árbol	31	sas.....	59 y 60
Palabras del camino	32	El panadero	61
Las otras patrias.....	33	La mina de oro.....	62
Las abejas	34	Los peces eléctricos	63

	<u>PÁG.</u>		<u>PÁG.</u>
El Peregrino de la Gloria	64	El algodón.....	83
La ciudad misteriosa.....	65	Sarmiento.....	84
Girón de pampa.....	66	La guitarra.....	85
La canción del trigo	67	El Delta del Paraná.....	86 y 87
Una heroína	68	Fuente de luz.....	88
La hulla	69	El gallo y el zorro (fábula) ...	89
El hogar.....	70	Los gauchos	90
Damas patriotas.....	71	El enemigo de las viñas	91
Los tordos.....	72 y 73	La vida sencilla.....	92
Palabras del camino	74	El ombú.....	93
Las florecitas azules.....	75	El cóndor.....	94
La patria en el mar.....	76	Héroes de cuatro patas	95
La caña de azúcar	77	El verano.....	96
Los indios	78	El jilguero.....	97
La primavera	79	El poeta en la escuela	98
La escuela de las flores.....	80	“Adiós a la maestra” ..	99 y 100
Manuelita	81	A manera de epílogo.....	101
El carpintero	82		

ÍNDICE POR MATERIAS

	PÁG.		PÁG.
Moral-Instrucción Cívica		La guitarra.....	85
Los niños.....	7	Fuente de luz.....	88
Los sabios.....	9	El poeta en la escuela.....	98
Los libros.....	13	A manera de epílogo.....	101
La lámpara de Aladino.....	18	Lenguaje	
La canción del arado.....	20	El otoño.....	29
El canillita.....	21	El invierno.....	53
Un héroe.....	23	Las herramientas.....	57
Los humildes.....	24	El hogar.....	70
Las viejecitas.....	26	La primavera.....	79
La alfombra milagrosa.....	27	La escuela de las flores.....	80
El cartero.....	30	La vida sencilla.....	92
Palabras del camino.....	32	El verano.....	96
Las otras patrias.....	33	Historia	
La palabra sencilla.....	37	La loca de la guardia... 14 y	15
El viejecito de la librería.....	39	El niño descalzo.....	25
El vigilante.....	45	La cuna y el sepulcro.....	36
Palabras del camino.....	50	La voz del estuario..... 42 y	43
El mirlo..... 51 y	52	El galpón del Once.....	46
Una madre del tiempo de Rosas..... 59 y	60	Las casas viejas.....	49
El panadero.....	61	El Peregrino de la Gloria.....	64
La mina de oro.....	62	Damas patriotas.....	71
Una heroína.....	68	La patria en el mar.....	76
Palabras del camino.....	74		

	PÁG.		PÁG.
Los indios.....	78	La canción del río.....	56
Manuelita.....	81	La ciudad misteriosa.....	65
Los gauchos.....	90	El Delta del Paraná.....	86 y 87
Héroes de cuatro patas.....	95		
Naturaleza		Fenómenos Físicos	
ZOOLOGÍA		La electricidad.....	35
Las hormigas.....	19	Higiene	
El veneno de las serpientes...	28	La alegría de la salud.....	16
Las abejas.....	34		
Los murciélagos.....	38		
El puma.....	48		
La lana.....	55		
Los peces eléctricos.....	63	Poesías	
El enemigo de las viñas.....	91	Evocación del campo... 11 y	12
El cóndor.....	94	Florcita del aire.....	22
BOTÁNICA		La canción de los oficios 40 y	41
La canción del árbol.....	31	La carreta.....	47
La canción del trigo.....	67	¡Siébralo hijo mio!.....	54
Las florecitas azules.....	75	Las arañas.....	58
La caña de azúcar.....	77	Jirón de pampa.....	66
El algodón.....	83	Los tordos.....	72 y 73
MINERALOGÍA		El carpintero.....	82
El petróleo.....	14	Sarmiento.....	84
La hulla.....	69	El gallo y el zorro (fábula)...	89
GEOGRAFÍA		El ombú.....	93
Las ciudades.....	10	El jilguero.....	96
Las estrellas.....	17	“Adiós a la maestra”... 99 y	100

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION
DISTRIBUCIÓN GRATUITA
DIVISION SUMINISTROS

